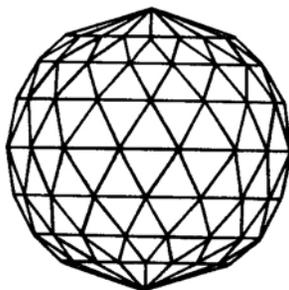


Omraam Mikhaël Aïvanhov

Navidad y Pascua en la tradición iniciática

Traducción del francés



1ª edición
Colección Izvor
209

EDICIONES PROSVETA

NOTA DE LOS EDITORES

Llamamos la atención del lector sobre el hecho de que la Enseñanza esotérica de la Fraternidad Blanca Universal dispensada por el Maestro Omraam Mikhael Alvanhov es una Enseñanza oral, lo cual explica ciertos aspectos de los textos que constituyen el presente volumen.

También querríamos que quedara claro para el público que en la denominación «Fraternidad Blanca Universal» el término «Blanca» no se refiere en absoluto al color de la piel propio de una raza. De la misma forma que el color blanco es la síntesis de todos los colores, la idea de «Fraternidad Blanca Universal» concierne a todos los hombres sin excepción. Les invita a realizar en toda la tierra una vida fraternal, armoniosa, respetando cada raza, cada religión, cada nacionalidad.

I

LA FIESTA DE NAVIDAD

Si existen cuatro fiestas cardinales: Navidad, Pascua, la fiesta de san Juan y la de san Miguel, no es por casualidad o porque algunos religiosos hayan considerado conveniente instituir las, sino porque corresponden a fenómenos cósmicos. En el transcurso del año, el sol pasa por cuatro puntos cardinales (equinoccio de primavera, solsticio de verano, equinoccio de otoño y solsticio de invierno), y durante estos cuatro períodos se produce en la naturaleza gran afluencia y circulación de energías que ejercen influencia sobre la tierra y sobre todos los seres que la pueblan: las plantas, los animales, los humanos... Los Iniciados, que han estudiado estos fenómenos, han observado que si el hombre está atento, si se prepara y se pone en armonía para recibir estos efluvios, pueden producirse en él grandes transformaciones.

La tradición Cristiana relata que Jesús nació el 25 de Diciembre, a medianoche. En dicho día, el sol

acaba de entrar en la constelación de Capricornio. Simbólicamente, Capricornio está relacionado con las montañas, con las grutas, y es precisamente en la oscuridad de una gruta donde puede nacer el Niño Jesús. Durante el resto del año la naturaleza y el hombre han desarrollado una gran actividad, pero cuando se acerca el invierno muchos trabajos se paralizan, los días menguan, las noches se alargan; es el momento de la meditación, del recogimiento, lo cual le permite al hombre penetrar en las profundidades de su ser y elaborar las condiciones requeridas para el nacimiento del Niño.

Cuando sale de Capricornio, el sol entra en Acuario, y Acuario es el agua, el bautismo, la vida que brota produciendo nuevas corrientes. Al salir de Acuario el sol entra en Piscis, y allí tiene lugar esta pesca de la que hablaba Jesús cuando les decía a sus discípulos que serían pescadores de hombres.

Pero volvamos al nacimiento de Jesús. Cada año, el 25 de Diciembre, a medianoche, la constelación de Virgo asciende en el horizonte; por eso se dice que Jesús nació de la Virgen. En el punto opuesto aparece Piscis, y en medio del Cielo se puede ver la magnífica constelación de Orión en cuyo centro se alinean las tres estrellas que, según la tradición popular, representan a los tres Reyes Magos.

Dejemos a un lado la cuestión de saber si Jesús nació verdaderamente el 25 de Diciembre, a medianoche. Lo que nos interesa es que en esta fecha tiene lugar en la naturaleza el nacimiento del principio crístico, de esta luz y de este calor que van a transformarlo todo. Durante este período, en el Cielo también se celebra esta fiesta: los Angeles cantan y todos los Santos, los grandes Maestros y los Iniciados se reúnen para orar, para dar gloria al Eterno y festejar el nacimiento de Cristo, que nace realmente en el universo.

Y durante este tiempo, en la tierra, ¿dónde está la gente? En los cabarets, los dancings y los clubs nocturnos, en donde comen, beben y están de juerga para festejar el nacimiento de Jesús... ¡Qué mentalidad! Y lo más extraordinario es que hasta las personas más inteligentes encuentran que es normal celebrar la Navidad de esta forma. En vez de ser consciente de la importancia de un acontecimiento que no se produce más que una vez cada año, cuando toda la naturaleza está atenta para preparar la nueva vida, el hombre tiene la cabeza en otra parte. Por eso no recibe nada: al contrario, pierde la gracia y el amor del Cielo. Porque, ¿qué creéis que puede dar el Cielo a un ser que permanece insensible a estas corrientes divinas? El discípulo, en cambio, se prepara: sabe que en la noche de Navidad, Cristo nace en el mundo en forma de luz, de calor y de vida, y prepara las condiciones convenientes para que este Niño divino nazca también en él.

Hace dos mil años Jesús nació en Palestina, pero eso no es más que el aspecto histórico de la Navidad, y el aspecto histórico, ¿sabéis?, es secundario para los Iniciados. Porque, además de ser un acontecimiento histórico, el nacimiento de Cristo es un acontecimiento cósmico: es la primera manifestación de vida en la naturaleza, el principio de todas las manifestaciones. Luego, este nacimiento es un acontecimiento místico, es decir, que Cristo debe nacer en cada alma humana como principio de luz y de amor divino. Eso es el nacimiento de Jesús, y en tanto el hombre no posea la luz y el amor, el Niño Jesús no puede nacer en él. Puede celebrarlo, puede esperarlo..., pero nada va a ocurrir.

Jesús nació hace dos mil años, así que, para conmemorarlo, vamos a la iglesia, cantamos que Jesús vino para salvarnos, y, puesto que estamos salvados, ¿verdad?, podemos seguir pecando, bebiendo y comiendo: estamos tranquilos para toda la eternidad. Así es como los humanos comprenden el nacimiento de Jesús. Pero pocos piensan en trabajar, en estudiar, en hacer esfuerzos para que Jesús nazca interiormente en cada alma, en cada espíritu. Si basta con que Jesús haya venido a la tierra hace dos mil años, ¿por qué el Reino de Dios todavía no ha llegado? Las guerras, las miserias, las enfermedades, todo eso debería haber desaparecido...

No niego que el nacimiento de Jesús haya sido un acontecimiento histórico de una gran importancia, pero lo esencial son los aspectos cósmico y místico de la fiesta de Navidad. Porque no solamente el nacimiento de Cristo es un acontecimiento que se produce cada año en el universo, sino que, en cada instante, Cristo puede nacer también en nosotros. Podéis releer la historia del nacimiento

de Jesús tan a menudo como queráis, y cantar: «Ha nacido el divino Niño»; de nada os servirá si Cristo no nace en vosotros. Lo que ahora hace falta es que cada uno tenga el deseo de hacerlo nacer en su alma para llegar a ser como él, a fin de que la tierra esté poblada de Cristos. Esto es, además, lo que pedía Jesús cuando decía: «En verdad, en verdad os digo que aquél que crea en mí hará, también él, las obras que yo hago. Y aún más grandes». Pues bien, ¿dónde están esas obras, más grandes que las de Jesús?...

Para algunos Cristo ha nacido ya, para otros nacerá pronto, y para los demás, desgraciadamente, sólo nacerá dentro de algunos siglos. Todo depende de la preparación de las condiciones. Por eso es muy importante prepararse con mucha anticipación para esta fiesta de Navidad, a fin de comprender todo su significado. ¿Qué significa, por ejemplo, el nacimiento de Jesús en un pesebre entre un asno y un buey? ¿y los pastores? ¿Y los Reyes Magos? Diréis: « ¡Pero todo el mundo lo sabe!» Veremos si se sabe o no, y cómo se sabe... De todos los evangelistas, san Lucas es el que da más detalles sobre este acontecimiento; los demás apenas lo mencionan e incluso empiezan cuando Jesús se fue a orillas del Jordán a recibir el bautismo de manos de san Juan Bautista. Os leeré pues, ahora, el relato del nacimiento de Jesús en el Evangelio de san Lucas.

«En aquel tiempo se publicó un edicto de César Augusto que ordenaba el empadronamiento de todo el mundo. Este primer empadronamiento tuvo lugar siendo Quirino gobernador de Siria. E iban todos a empadronarse, cada uno a su ciudad. José fue desde Galilea, desde la ciudad de Nazaret, hasta Judea, hasta la ciudad de David llamada Belén, por ser él de la casa y de la familia de David, para empadronarse con María, su esposa, que estaba encinta. Estando allí, se cumplieron los días de su parto, y dio a luz a su hijo primogénito y le acostó en un pesebre, por no haber sitio para ellos en el mesón.

»Había en la región unos pastores que pernoctaban al raso, y de noche se turnaban velando su rebaño. Se les apareció un Angel del Señor, y la gloria del Señor les envolvió con su luz, quedando sobrecogidos de gran temor. Pero el Angel les dijo: «No temáis, pues os anuncio una gran alegría que será la de todo el pueblo: hoy, en la ciudad de David, os ha nacido un Salvador que es el Cristo, el Señor. Esto os servirá de señal: encontraréis un niño recién nacido envuelto en pañales y acostado en un pesebre». Al instante se unió al Angel una multitud del ejército celestial que alababa a Dios diciendo: «¡Gloria a Dios en las alturas y paz en la tierra a los hombres que El ama!».

»Así que los ángeles se fueron al Cielo, se dijeron los pastores entre sí: «Vamos pues a Belén y veamos lo que ha acontecido y lo que el Señor nos ha anunciado», Fueron, pues, con presteza, y encontraron a María, a José y al niño recién nacido acostado en un pesebre. Y habiéndole visto, contaron lo que se les había dicho acerca de este niño; y cuantos les oían se maravillaban de lo que decían. María conservaba cuidadosamente estos recuerdos y los meditaba en su corazón. Los pastores se volvieron glorificando y alabando a Dios por todo lo que habían oído y visto, conforme a lo que se les había dicho.

»Cuando se hubieron cumplido los ocho días circuncidaron al niño, y le dieron el nombre de Jesús, tal como había indicado el ángel antes de su concepción.

»Cuando llegó el día en que, según la ley de Moisés, debía tener lugar la purificación, lo llevaron a Jerusalén para presentarle al Señor, según está escrito en la ley del Señor: «Todo varón primogénito será consagrado al Señor», y para ofrecer en sacrificio, según lo prescrito en la ley del Señor, un par de tórtolas o de pichones. Había en Jerusalén un hombre llamado Simeón. Este hombre era justo y piadoso; esperaba la consolación de Israel y el Espíritu Santo habitaba en él. Le había sido revelado por el Espíritu Santo que no vería la muerte antes de ver al Cristo del Señor. Movidó por el Espíritu vino al Templo, y al entrar los padres con el niño Jesús para cumplir las prescripciones de la Ley a su respecto, lo tomó en sus brazos y, bendiciendo a Dios, dijo:

«Ahora, Señor, puedes, según tu palabra,

dejar ir a tu siervo en paz;
porque mis ojos han visto tu salvación,
la que has preparado ante la faz de todos los pueblos;
luz para iluminar las naciones
y gloria de tu pueblo Israel».

Ciertamente habéis oído leer varias veces este relato. Muchos de los detalles que contiene son simbólicos. Hay también dos pasajes muy misteriosos. ¿Por qué se dice: «María conservaba cuidadosamente estos recuerdos y los meditaba en su corazón»? Había, pues, algo que no podía decir. De tratarse de lo que había oído decir a los pastores, habría podido hablar de ello puesto que éstos lo contaban a todo el mundo. Era, pues, otra cosa lo que conservaba preciosamente en su alma, algo sagrado. Y, ¿quién era Simeón? Se dice que el Espíritu Santo habitaba en él; era, pues, muy puro. Pero no podré abordar la cuestión de Simeón porque ello haría que se tambaleasen todas las conciencias cristianas. Sí, ¿quién era Simeón? ¿Qué lazo le unía con el niño Jesús?...

Ahora veréis si habéis comprendido verdaderamente este capítulo. En primer lugar, ¿quiénes eran María y José? Si fueron escogidos para ser los padres de Jesús, es que estaban muy preparados para ello: para ser dignos de recibir a Jesús, el Salvador de la humanidad, en su familia, habrían hecho, ciertamente, un gran trabajo espiritual en sus vidas anteriores; eran excepcionales, estaban predestinados. Ya desde muy joven, María se había consagrado, había ido al Templo para ser sierva del Señor. Se había, pues, purificado y había hecho los más grandes sacrificios para ser digna de recibir en su seno a un espíritu tan poderoso y elevado como Cristo. La gente no piensa en estas cosas. Cree que a Dios todo le es posible, que hace todo lo que Le viene en gana, incluso las cosas más inverosímiles, y que puede, por tanto, escoger a uno cualquiera para la más alta misión. No, también en este terreno hay una justicia, unas reglas, unas leyes. El Señor es quien ha hecho las leyes y, por lo tanto, no va a ser El quien las quebrante.

Cuando Dios escoge a determinadas criaturas es señal de que reúnen ciertas condiciones. Desde luego, «de las piedras puede Dios hacer hijos de Abraham», pero haciéndolos pasar previamente por el estado de planta, después de animal y, finalmente, de hombre. Lo mismo sucede con el niño: el germen también debe pasar por toda clase de formas y de estados antes de tomar el aspecto de una criatura humana. Igualmente, Jesús se vio obligado a franquear ciertas etapas antes de llegar a ser Cristo. Otra cosa aún que los cristianos no pueden aceptar: piensan que Jesús era Dios mismo, que nació perfecto. Pero entonces, ¿por qué tuvo que esperar hasta los treinta años para recibir el Espíritu Santo y hacer milagros?... Aunque Dios en persona tenga que venir a encarnarse a la tierra, acepta someterse a las leyes que El mismo ha establecido. El Señor se respeta a Sí mismo, ¿lo comprendéis? Así es como ven las cosas los Iniciados: en su cabeza todo está en orden, todo es lógico, todo es sensato.

Así pues, para ser dignos de recibir a Jesús, María y José ya se habían preparado durante mucho tiempo, en otras encarnaciones, y eran puros. ¿Fue el Espíritu Santo quien engendró a Jesús? Sí, fue el Espíritu Santo. En el plano divino fue el Espíritu Santo, pero en el plano físico hacía falta también algo... alguien, a fin de que en dicho plano, igualmente, hubiese un reflejo del Espíritu Santo. Para que la correspondencia fuese perfecta entre los tres mundos, para que en el plano físico, en el plano espiritual y en el plano divino todo fuese siempre santo, luminoso y puro, también en el plano físico se precisaba de un conductor del Espíritu Santo.

Diréis: «Pero, ¿todo es posible para el Espíritu Santo!» Lo sé. Habría podido, por ejemplo, tomar un poco de materia del espacio y formar un cuerpo sin necesidad de pasar a través de una mujer. Sólo que un cuerpo hecho de materia etérea no puede subsistir por mucho tiempo: apenas una hora, un día, y luego hay que devolver las partículas. Eso es lo que sucede en las sesiones espiritistas. Para que el cuerpo sea duradero es necesario que esté formado de partículas materiales suministradas por la madre. Por eso el Espíritu Santo tenía necesidad de una mujer pura para crear un cuerpo en su seno. El resto no

os lo diré, lo adivinaréis vosotros.

Desde luego que Jesús nació «por obra del Espíritu Santo». En la medida en que su concepción no fue manchada por ningún deseo, por ninguna pasión, por ninguna sensualidad, puede decirse que nació por obra del Espíritu Santo. Así es como hay que comprender la virginidad de María. La virginidad es una cualidad más espiritual que física. ¡Cuántas mujeres son vírgenes exteriormente, pero interiormente... son peor que prostitutas! Eso es todo. No os diré más sobre este asunto, pero ya os he dicho mucho.

El nacimiento de Jesús debe ser comprendido en los tres mundos, es decir, como un fenómeno histórico, como un fenómeno psíquico, místico, y, finalmente, como un fenómeno cósmico. Hoy me interesa, sobre todo, el fenómeno místico.

San Lucas era el más erudito de los evangelistas, y comienza su Evangelio diciendo: «... También yo he decidido, después de haberme informado cuidadosamente de todo lo acontecido desde los orígenes, escribir para ti el relato ordenado de los hechos». El no había sido, pues, testigo de los acontecimientos como los demás, pero investigó, y para su relato del nacimiento de Jesús solamente seleccionó las imágenes de aquellos acontecimientos que se repiten en el alma de cada ser humano. Vamos a detenemos ahora en estas imágenes simbólicas.

Para que el Niño Jesús nazca son precisos un padre y una madre. El padre, José, es el intelecto, el espíritu del hombre. La madre, María, es el corazón, el alma. Cuando el corazón y el alma están purificados, entonces nace el niño: pero no nace del intelecto y del espíritu, nace del Alma Universal que es el Espíritu Santo bajo forma de fuego, de amor divino... de una pura llama que viene a fecundar el alma y el corazón del ser humano. El alma y el corazón representan el principio femenino, receptivo, mientras que el intelecto y el espíritu representan el principio masculino que prepara las condiciones para que el Espíritu Santo, es decir, el Alma Universal, que es fuego, tome posesión del alma, de María. Entonces es cuando nace el CristoNiño. Pero como el nacimiento es un fenómeno que debe producirse en los tres mundos, es necesario que el niño nazca también en el plano físico. Como veis, se trata de algo más complejo de lo que os imaginabais.

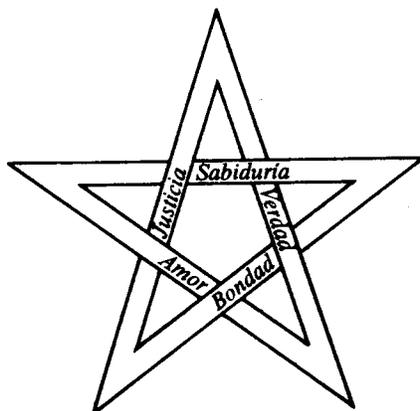
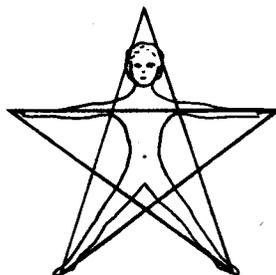
Cuando María y José quisieron buscar refugio, en las posadas ya no había sitio para ellos, es decir, que los humanos, que están ocupados en comer, en beber y en divertirse, nunca tienen sitio para el Iniciado que ha recibido al Niño. Este Niño divino, que está ya concebido dentro de él como una luz, puede ser un ideal, una idea que acaricia y alimenta, pero, ¿a dónde ir ahora con este Niño? Nadie le abre la puerta, es decir, nadie le comprende. Pero resulta que hay un establo. Este establo y el pesebre son un símbolo, y, en primer lugar, un símbolo de la pobreza, de la dificultad de las condiciones externas. Sí, para el hombre en quien el Espíritu Santo habita siempre será así: los humanos no le apreciarán, no le recibirán. Pero gracias a la luz que proyecta por encima del pesebre, otros le verán desde lejos y vendrán a visitarle.

Esta luz, representada por la estrella de cinco puntas, es una realidad absoluta. Brilla sobre la cabeza de todos los Iniciados cuyo principio femenino, es decir, su alma y su corazón, ha dado a luz al Niño Jesús concebido por el Espíritu Santo. Y entonces, el intelecto, José, en vez de estar celoso y de repudiar a María gritando como un hombre grosero: «Este niño que has parido no es mío, ¡vete!», debe inclinarse y decir: «Es Dios quien ha visitado el corazón y el alma de María. Yo no podía hacerlo». Por tanto, el intelecto no debe rebelarse ni encolerizarse sino comprender correctamente diciendo: «Aquí hay algo que me sobrepasa», y conservar a María. Repudiar a María es como repudiar a la mitad de su ser y engrosar las filas de aquellos que, puramente intelectuales y racionalistas, han desterrado todo el lado afectivo, receptivo, todas las cualidades de dulzura, humildad y bondad. Muchos han repudiado a María porque ésta se complacía en recibir la visita del Espíritu Santo....

Es preciso que comprendáis que María y José son símbolos de la vida interior: los que repudian a María se agostan y no les queda sino el intelecto que desarticula, que critica, que siempre está descontento. Pero, como veis, José, al contrario, respetó a María, la conservó a su lado y dijo: «Espera

un hijo; la protegeré porque tiene necesidad de mi ayuda».

Y, ¿qué es la estrella? Se trata de un fenómeno que se produce inevitablemente en la vida de un verdadero místico, de un verdadero Iniciado. Sobre su cabeza aparece una estrella, un pentagrama luminoso. Arriba es como abajo y abajo es como arriba. Este pentagrama debe, pues, existir doblemente. En primer lugar, el hombre mismo es un pentagrama viviente, y después, en lo alto, en el plano sutil, cuando ha desarrollado plenamente las cinco virtudes: la bondad, la justicia, el amor, la sabiduría y la verdad, le representa otro pentagrama en forma de luz.

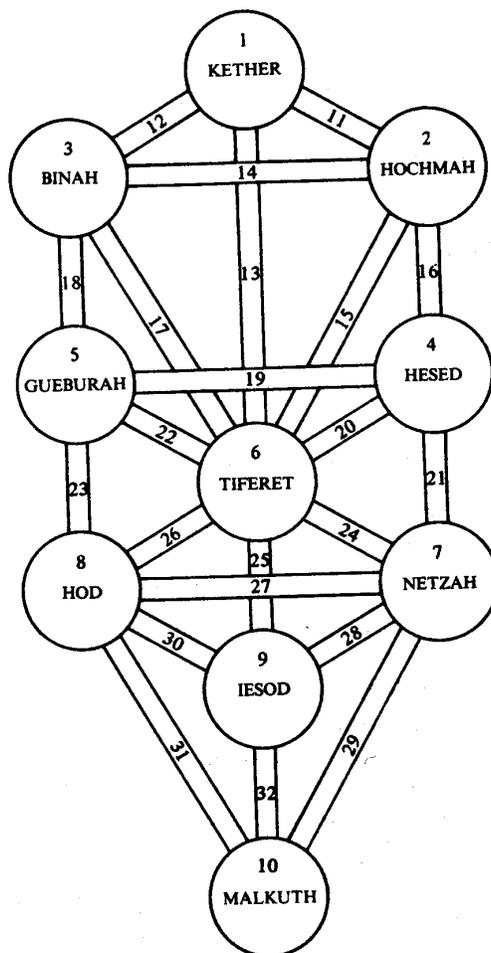


Esta luz, esta estrella que brillaba sobre el establo, significa que, de cada Iniciado que lleva dentro de sí el Cristo vivo, sale siempre una luz, una luz que serena, que alimenta, que reconforta, que sana, que purifica, que vivifica... Un día, otros perciben desde lejos esta luz y sienten que algo especial se manifiesta a través de este ser. Y este algo, precisamente, es Cristo; entonces los dirigentes, las autoridades, los poderosos y los ricos se acercan a él. Y hasta los grandes jefes religiosos, que se imaginaban ser lo más alto, sienten también que algo les falta, que todavía no han llegado a este grado de espiritualidad, y vienen a instruirse, vienen a inclinarse ante él y a traerle regalos.

Esta es la razón de la presencia de los tres magos, Melchor, Baltasar y Gaspar, junto al Niño Jesús. Estos magos eran los jefes de grandes religiones en sus países respectivos, y acudieron. ¿Por qué? Porque sintieron la luz. Como eran astrólogos, habían observado en el cielo ciertas configuraciones planetarias excepcionales e interpretaron que debía de producirse en la tierra algún acontecimiento extraordinario. El nacimiento de Jesús corresponde pues, también, a un fenómeno que se produjo en el cielo hace dos mil años.

Estos Reyes Magos le ofrecieron oro, incienso y mirra, y cada uno de estos regalos era simbólico. El oro significaba que Jesús era rey, ya que el color del oro es el color de la sabiduría, cuyo resplandor brilla sobre la cabeza de los Iniciados como una corona de luz. El incienso significaba que era sacerdote, pues el incienso representa el ámbito de la religión, es decir, del corazón y del amor. Y la mirra es un símbolo de inmortalidad, pues se usaba para embalsamar los cuerpos y preservarlos así de la destrucción. Los Reyes Magos ofrecieron, pues, unos regalos que tienen relación con los tres campos

del pensamiento, del sentimiento y del cuerpo físico. Cada uno está, también, relacionado con un sefirot : la mirra con Binah, que lo conserva todo; el oro con Tipheret, la luz; y el incienso con Hesed, la religión.



Árbol sefirótico

Ocupémonos ahora del establo. En este establo no había ni pastores ni rebaños, sino solamente un buey y un asno. ¿Por qué? Desde hace siglos se repite esta historia sin comprenderla, porque los humanos ya no entienden el simbolismo universal. El establo representa el cuerpo físico. ¿Y el buey? Sabéis que en la Antigüedad el buey, el toro, siempre fue considerado como el principio de generación. En Egipto, por ejemplo, el buey Apis era el símbolo de la fertilidad y de la fecundidad. El buey está bajo la influencia de Venus y representa la energía sexual. El asno, por su parte, está bajo la influencia de Saturno y representa la personalidad, es decir, la naturaleza inferior de hombre, lo que se llama el viejo Adán, testarudo, terco, pero buen servidor. Y los dos animales estaban allí para servir a Jesús. Pero servirle, ¿cómo? Os revelaré ahora un gran misterio.

Cuando un hombre comienza a trabajar para perfeccionarse, entra en conflicto con las fuerzas de la personalidad y las de la sensualidad. El Iniciado, precisamente, es aquél que ha conseguido dominar estos dos tipos de fuerza y los ha puesto a su servicio. Como veis no los aniquila, no se dice que estos dos animales hubiesen sido expulsados o suprimidos; estaban allí presentes, pero, ¿qué hacían? Soplaban sobre el Niño Jesús, le calentaban con su aliento... Por tanto, cuando el Iniciado consigue transmutar el asno y el buey, ambos se ponen a su servicio y acuden a calentar y a alimentar al niño recién nacido con su aliento. Estas fuerzas ya no le atormentan, ni le desquician ni le hacen sufrir, sino

que se transforman para él en fuerzas vivificantes. El aliento es vida. Como veis, el aliento del asno y del bueyes una reminiscencia de aquel soplo con el que Dios creó el alma del primer hombre. El asno y el buey sirvieron al Niño Jesús: eso significa que todos aquellos que tengan a Cristo dentro de sí serán servidos por su personalidad y por su sensualidad, que son dos fuerzas extraordinariamente útiles cuando se usan adecuadamente.

Luego, se apareció un ángel a los pastores propietarios del establo. Cuidaban de sus rebaños en los campos, y cuando el ángel les anunció la noticia del nacimiento de Jesús, se quedaron maravillados; tomaron unos corderos y se los llevaron en ofrenda. Eso significa que todos aquellos que actúan sobre el cuerpo físico, es decir, los espíritus familiares, reencarnados o no, y que tienen riquezas (estas riquezas están aquí simbólicamente representadas por las ovejas, los corderos y los perros), son avisados. Son avisados porque participaron en la formación del establo (el cuerpo físico), y así llegan todos diciendo: «¡Nunca habíamos pensado llegar a tener tal honor en nuestro establo!»

Todos los espíritus familiares, estén en el más allá o en la tierra, reciben, pues, la noticia de que un espléndido acontecimiento ha tenido lugar en vuestro corazón y en vuestra alma, y acuden entonces a inclinarse y a traeros sus regalos. Sí, el mundo entero se pone al servicio del niño. Pero, ¡no contéis con que os vengan a servir mientras no lo hayáis hecho nacer! Los ángeles acuden a servir únicamente a aquél en quien el Niño Jesús ha nacido ya, porque no vienen por vosotros sino por el principio divino, por Cristo, el Hijo de Dios.

Detengámonos ahora en el simbolismo del pesebre. Sí, ¿por qué debía Jesús nacer en un pesebre, sobre la paja, y no en un palacio, en un templo o en una mansión suntuosa? En los Evangelios todo es simbólico, pero pocos son los que han sospechado que detrás del relato del nacimiento de Jesús en un pesebre se escondía un sentido extremadamente profundo.

Comprenderéis en qué lugar del cuerpo se encuentra este pesebre si os acordáis de las conferencias que os di sobre el centro Hara; en ellas os expliqué qué papel puede jugar este centro en la vida espiritual del Iniciado que sabe trabajar con él. Si su nombre, Hara, que significa vientre, muestra que este centro, situado unos centímetros debajo del ombligo, es conocido sobre todo por los japoneses, en realidad todos los Iniciados del pasado lo conocían, y de él habla Jesús cuando dice: «De su seno brotarán manantiales de agua viva...» Este «seno» es el centro Hara: en él se encuentra el pesebre en donde debe nacer Cristo, entre el buey y el asno, es decir, entre el hígado y el bazo.

Yeo que estáis asombrados. Pensáis que Jesús tiene que nacer en vuestra cabeza, pero ¿acaso habéis visto algún niño nacer de la cabeza de su madre? Nadie se para en esto. El vientre, las entrañas, se consideran como algo repugnante; pero precisamente es este lugar el escogido por el Señor para que la humanidad se perpetúe. Y también es ahí, en el centro Hara, donde el discípulo debe hacer nacer en él esta nueva conciencia: el Cristo-Niño.

Nada hay más importante que el trabajo para que nazca el Niño divino en nosotros. Cuando este se produzca, la tierra y el Cielo cantarán; de los cuatro puntos cardinales llegarán seres para visitaros y traeros regalos, porque comprenderán que ha nacido una nueva luz. Naturalmente habrá un Herodes (siempre ha habido gente como Herodes) que se pondrá furioso y que, con el ánimo de matar a Jesús, dirá a los Reyes Magos: «Id, informaos acerca de este niño, y cuando lo hayáis encontrado, hacédmelo saber para que yo también vaya a adorarlo». Pero, felizmente, habrá también ángeles que vendrán a avisaros, como el ángel que dijo a José: «Toma al niño y a su madre y huye a Egipto, porque Herodes lo mandará buscar para matarlo».

Los magos también recibieron del Cielo la orden de no volver donde estaba Herodes, y regresaron a su país por otro camino. Eso significa que todos aquellos que se acerquen a Jesús, al principio crístico, no podrán seguir el mismo camino que antes y deberán tomar otra dirección. No habíais pensado en eso, ¿verdad? ¡Todo es tan profundo, tan misterioso! Para mí, es inaudito. Y, creedme, no me invento nada. Os transmito la Ciencia que he recibido y que es verídica. Los textos sagrados contienen relatos

cuya forma polariza la atención de la mayoría de los humanos que tienen una comprensión limitada, pero el contenido de estos relatos es para los discípulos, y su sentido para los Iniciados.

Y ahora, ¿sabéis por qué existe esta costumbre de festejar Nochebuena la noche de Navidad? También se trata de algo simbólico. Cuando el niño ha nacido hay que comer, hay que beber, hay que cantar, pero sin sobrepasar los límites, claro. El niño tiene necesidad de alimento y el primer alimento para el niño, una vez nacido, es la leche de su madre. Cuando la madre llevaba al niño en su seno lo alimentaba con su sangre; ahora lo alimenta con su leche. Hay ahí dos colores, y también son simbólicos. Durante la concepción, estos dos colores están ya presentes: la mujer proporciona el rojo y el hombre el blanco. Más tarde, el fenómeno se repite, una vez más, cuando la mujer alimenta al niño durante nueve meses con su sangre, y después con su leche. Por otra parte, volvemos a encontrar de nuevo estos dos colores en la sangre misma con los glóbulos rojos y los glóbulos blancos.

El rojo y el blanco representan los dos principios sobre los que está basada la existencia. El rojo, la sangre, es la fuerza vital, el amor, y gracias a esta sangre, a nuestro amor, el Cristo-Niño se va a hacer carne y hueso en nosotros. Después de su nacimiento, el niño es alimentado con leche, es decir, con la pureza y la luz. Por eso nosotros asistimos a la salida del sol por la mañana: para captar la luz con la que alimentaremos al Niño. La madre no deja de ocuparse de su hijo una vez que éste ha nacido; igualmente, cuando el Niño Jesús ha nacido, el trabajo continúa, pero bajo otra forma.

El nacimiento de Cristo es una cuestión muy importante de la que todos los Iniciados deben preocuparse. Mirad lo que dice san Pablo: «¡Hijos míos! ¡qué trabajo me ha costado hacer nacer a Cristo en vosotros!». También él había comprendido que Cristo debe nacer en cada alma humana. Por eso hablaba a sus discípulos, les aconsejaba y hasta les zarandeaba para que se purificasen y se pusiesen en un estado de aceptación, de sumisión, de adoración, pues tales son las condiciones necesarias para recibir el germen de lo alto. El alma humana es como una mujer: si la mujer es agresiva, si se resiste siempre a su marido, nunca podrá tener un hijo. Lo mismo sucede con el alma humana: debe convertirse en una mujer adorable, receptiva, para recibir el Espíritu Santo, si no, peor para ella, ¡se quedará sin hijos!

El discípulo está obligado a considerar estos grandes misterios y a reflexionar sobre ellos y, cuando los ha comprendido, tiene que hacerlos descender todavía al campo de los sentimientos y, finalmente, realizarlos en el plano físico, lo que, evidentemente, es difícilísimo. Intelectualmente todo el mundo puede comprender, incluso perfectamente bien, pero esta comprensión no ha descendido aún hasta el sentimiento y el corazón no siente. Hay que hacer descender esta comprensión hasta el corazón, y del corazón hasta la voluntad, para que tenga lugar la realización en el plano físico. Porque el nacimiento del Cristo-Niño es un acontecimiento que debe producirse en los tres planos: mental, astral y físico. Diréis: «Pero, ¿cómo en el plano físico?». Yo puedo explicároslo, pero, ¿acaso me comprenderéis?

El hombre no puede hacer nacer a Jesús en él si no ha comprendido a su madre, la tierra. Si no sabe lo que es la tierra, si no tiene con ella relaciones afectuosas, respetuosas, conscientes, no tiene ninguna posibilidad de cambiar su cuerpo físico. Nuestro cuerpo está en relación con la tierra y volverá a la tierra porque ha salido de ella, puesto que es su fruto, su hijo. Si el hombre no tiene una relación correcta con la tierra, Cristo no puede manifestarse en sus obras, en su cuerpo físico. Nunca se piensa que la tierra es un ser inteligente. Se la estudia únicamente desde un punto de vista geográfico: tantos habitantes, tales mares, océanos, lagos, montañas, ríos... La tierra es la criatura más desconocida, la más desdeñada, la más despreciada, y, por este motivo, se producen grandes desgracias... sí, porque no respetamos a nuestra madre que nos ha dado su cuerpo, nuestro cuerpo.

Existe una ciencia prodigiosa acerca de las relaciones del hombre con la tierra, del comportamiento que éste debe tener para con ella: cómo hablarle y darle las gracias, cómo extraer fuerzas de ella, cómo confiarle todas las impurezas para que ella las transforme. Porque la tierra posee en sus entrañas unas fábricas en las que puede transformarlo todo; y esto es lo que hace sin cesar: todas las impurezas, todos

los desperdicios que se le dan, ella los transforma para producir flores y frutos, cosas útiles y hermosas. ¡La tierra es muy inteligente!

Consideremos ahora las palabras que el ángel dijo a los pastores: «¡Gloria a Dios en lo más alto de los Cielos y paz en la tierra a los hombres que El ama!» ¿Habéis comprendido estas palabras? ¿Por qué la paz a los hombres y la gloria en lo alto? Porque cuando nace, el Niño divino glorifica al Señor y la paz se instala en el alma del hombre en el que ha nacido. El niño aporta paz porque da la plenitud. A un hombre y una mujer que no tienen hijos les falta algo. Pero cuando llega el hijo alcanzan la plenitud, es decir, el triángulo sobre el cual se construye el edificio. Por eso es tan profunda la fórmula que ha dado el Maestro Pedro Danov: «*Bojiata lubov nossi peulnia jivot* - el amor divino aporta la plenitud de la vida».

El alma debe recibir el amor divino como recibe la mujer el amor de su marido. Este amor divino que aporta la plenitud de la vida es el amor que aporta el Cristo-Niño. El amor no es más que la predicción, el anuncio de que llega el hijo. Esta fórmula del Maestro es, verdaderamente, muy profunda; no nos la ha dado sólo para que la repitamos automáticamente, sino para que trabajemos a fin de que el amor de Dios pueda fecundar nuestra alma y ésta concebir al niño, a Cristo. Y luego, ¡cuántos cambios se producen! A cualquier nivel, todo mejora, todo se aclara. Vale la pena trabajar todo un año, o varios años, incluso toda una vida, para hacer nacer a Cristo en nosotros.

No os he interpretado todo el capítulo de san Lucas. Solamente he querido presentaros un retazo de vuestra vida interior para que sepáis que el nacimiento de Jesús es un acontecimiento místico que se puede producir en cada ser humano. Si creemos que el nacimiento de Jesús es un acontecimiento que sólo tuvo lugar una vez hace dos mil años, entonces, nada tiene explicación. En primer lugar, se trata de algo incompatible con la inmensidad del amor de Dios. Se dice que Dios es amor, ¿cómo, pues, se habría limitado este Dios a enviar a su hijo único durante solamente tres años, y a un pequeño país, cuando la humanidad existía ya desde hacía millones de años?.. Antes del nacimiento de Jesús, ¿dónde estaba este amor?, ¿qué hacía? Y después, ¿otra vez habría abandonado al mundo durante milenios?.. ¡No, esto es insensato!

La verdad es que Cristo ha aparecido numerosas veces en la tierra, e incluso en otros planetas, en todo el universo; y que aparecerá todavía en el futuro. Si no podéis aceptar esto es que, en realidad, no sois ni religiosos, ni cristianos, ni nada de nada. Creéis cosas inverosímiles, pero no queréis creer las cosas sensatas. Continuamente se repite: «Dios es Amor, Dios es Amor...» pero, ¿para qué sirve eso cuando, por otro lado, se demuestra lo contrario? Cuando os cuentan que únicamente una vez en la historia este amor se manifestó en la tierra, ¡y ni siquiera estabais presentes!

Ahora, añadiré algo todavía. Quizá dudéis de que Cristo haya existido históricamente; algunos lo han cuestionado, y han demostrado que no existió, dando pruebas tan científicas como los que afirman lo contrario. ¿Qué decir, entonces? Pues bien, sencillamente, que el aspecto histórico no es demasiado importante. Suponed que se llegase a probar de una manera irrefutable que Jesús no existió, que se trata de un mito totalmente inventado; quedaría, de todas formas, una cosa que nos veríamos obligados a reconocer: la grandeza excepcional de aquél que escribió los Evangelios. Que alguien fuese capaz de escribir tales cosas, con tanta profundidad, con tanta grandeza, con tanta luz, es algo tan maravilloso que ni siquiera necesitamos preguntarnos si Jesús existió realmente o no.

Conservad, pues, esta imagen del pesebre con José, María y el Niño entre el asno y el buey, y la estrella que brilla encima del establo... Ahora comprenderéis mejor su sentido.

Lo mismo que el nacimiento de un niño contiene toda la esperanza de la vida, el nacimiento de Cristo cada año en el universo es la esperanza de que Dios no ha abandonado a los hombres. A pesar de que transgredan sus leyes, les da crédito y les envía siempre un Salvador, porque no quiere que se pierda ni una sola alma. Hasta los que han cometido las mayores tonterías deben levantarse. Sufrirán,

desde luego, pagarán, sin duda, repararán, pero Dios les da la oportunidad de avanzar. Lo que es malo es desanimarse y renunciar a hacer esfuerzos para evolucionar.

Y no olvidéis que la Navidad continúa unos días después del 25 de Diciembre. Arriba, en el Cielo, se celebra una fiesta, y vosotros debéis participar en ella, por lo menos con el pensamiento. Es una lástima que sólo unos pocos sepan desdoblarse y puedan participar realmente en esta fiesta. En cuanto a la mayoría, ¡mejor que no hablemos! Comieron, bebieron, se saciaron, y ahora están enfermos. Pero, de ahora en adelante, se acabó, nunca más debéis pasar una Navidad así, grabadlo bien en vuestra cabeza. Sois discípulos y debéis trabajar para hacer nacer al Niño Jesús en vosotros. De momento, le estáis preparando las condiciones.

II

EL SEGUNDO NACIMIENTO

Si habéis leído los Evangelios, os acordaréis, sin duda, de este pasaje del Evangelio de san Juan:

«Hubo un hombre entre los fariseos, llamado Nicodemo, uno de los jefes de los Judíos, que se acercó de noche a Jesús y le dijo: Rabí, sabemos que eres un doctor venido de Dios, porque nadie puede hacer los milagros que tú haces si Dios no está con él. Jesús le respondió: En verdad, en verdad te digo, si un hombre no nace de nuevo no puede ver el Reino de Dios. Nicodemo le dijo: ¿Cómo puede un hombre nacer cuando ya es viejo? ¿Acaso puede entrar de nuevo en el seno de su madre y volver a nacer? Respondió Jesús: En verdad, en verdad te digo que si un hombre no nace del agua y del espíritu no puede entrar en el Reino de Dios. Lo que nace de la carne, carne es; pero lo que nace del Espíritu, es espíritu. No te asombres de lo que te he dicho: es preciso que nazcáis de nuevo. El viento sopla donde quiere, y oyes su voz, pero no sabes de dónde viene ni adónde va; lo mismo sucede con todo hombre nacido del Espíritu».

«Si un hombre no nace del agua y del espíritu no puede entrar en el Reino de Dios». He ahí una frase que contiene grandes misterios... Sí, el segundo nacimiento es un resultado del trabajo del agua y del espíritu, y podemos decir, también, del agua y del fuego, ya que simbólicamente el espíritu está representado por el fuego.

Os he dicho a menudo que, según la Ciencia Iniciática, el mundo está compuesto de cuatro elementos: tierra, agua, aire y fuego. La tierra, el agua y el aire son elementos materiales accesibles a los cinco sentidos, mientras que con el fuego entramos ya en el campo etérico, es decir, en las capas más sutiles del mundo físico. El fuego, la luz, son también materia, pero de una tal sutilidad que ni siquiera los sabios han logrado estudiarlos todavía.

En el lenguaje de los símbolos, el agua representa la materia primordial y el fuego representa el espíritu. Cuando el fuego y el agua trabajan juntos producen una fuerza que puede ser utilizada. Con la máquina de vapor los hombres hicieron un descubrimiento formidable, esencial, pero sólo lo han aplicado en el plano físico y para hacer funcionar los aparatos, las máquinas, y esto es aún poca cosa. El agua y el fuego son la materia y el espíritu; son, también, la mujer y el hombre, los dos principios masculino y femenino que deben unirse para producir un tercer principio: la energía, el hijo. Sólo que hay que saber cómo operar para que no se destruyan mutuamente. Para que el agua y el fuego produzcan energía hay que colocar una pared entre ambos, como, por ejemplo, poner el agua en una cacerola. Si no, el agua se evapora y el fuego se apaga. Eso es, por cierto, lo que ocurre en muchas parejas: el hombre y la mujer, en su ignorancia, no han sabido poner una pequeña separación entre ambos, y, de esta manera ¡la mujer se ha evaporado y el hombre se ha apagado!

En una Escuela Iniciática se enseña, precisamente, cómo hay que trabajar con el agua y el fuego. Porque el agua y el fuego son, también, el corazón y el intelecto. El corazón es femenino y el intelecto masculino, y todo ser está obligado a trabajar con ambos, si no, ¡se queda «soltero»! Sí, en este campo

casi toda la humanidad está soltera. Algunos no tienen más que intelecto y se vuelven completamente insensibles. En cuanto a los demás, que sólo viven en el corazón, son tan húmedos que su fuero interno está invadido por las nubes y la bruma... ¿no hay claridad! Se ve en todos los campos que los humanos no han comprendido cómo hay que asociar los dos principios, el fuego y el agua, es decir, el lado emisor y el lado receptor de su ser.

Y ahora, si buscamos las correspondencias con el mundo divino, el fuego representa la sabiduría y el agua el amor. El amor y la sabiduría juntos producen la verdad. La verdad es su hijo. La verdad es el Niño Jesús que nace, es decir, una conciencia nueva, porque Jesús no es sólo un personaje histórico, sino que representa un símbolo que se refiere a numerosas realidades de la vida espiritual. Desde luego, históricamente hubo un ser que llevó el nombre de Jesús, pero en el terreno místico ya no se le llama con su nombre humano; se le llama Cristo, es decir, Yo superior. Cuando se dice que el hombre hace nacer en él al Niño Jesús, que se fusiona con su Yo superior, que recibe el Espíritu Santo, que se une al Alma Universal, se utilizan fórmulas diferentes para expresar la misma realidad. Si se estudia este tema muy de cerca, evidentemente, se distinguen matices, pero el Ego divino, el Espíritu Santo, el Alma Universal, el fuego sagrado, la Madre divina, pueden ser considerados como aspectos de un mismo y único principio.

El Alma Universal es el océano en el que viven, se mueven y alimentan todas las cosas, es el receptáculo cósmico de la materia primordial, de la energía sublime, el «akasha» de los hindúes, el éter purísimo en el que estamos sumergidos. Y en esta Alma Universal que está en todas partes, que lo sabe todo, que lo contiene todo, que lo transmite todo del uno al otro extremo del universo..., en la parte más sutil de este Alma que vive, que es plenitud, quintaesencia, omnisciencia, habitan el Padre Celestial, la Madre Divina, Cristo, el Espíritu Santo. Cuando san Pablo decía: «En él nos movemos y tenemos nuestro ser», hablaba del Alma Universal. Es una emanación de Dios, pero no Dios mismo. Se puede decir que vivimos en Dios, pero, en realidad, para ser totalmente exactos, vivimos en una sustancia emanada por El.

Al principio, Dios emanó una materia, y esta materia original, que era pura luz, es el Alma Universal. Fue antes que el sol y las estrellas, y con ella Dios lo creó todo. Cuando Dios dijo el primer día de la creación: «¡Hágase la luz! », la luz que apareció no es la que nosotros vemos aquí en la tierra. La luz que vemos con nuestros ojos físicos es un reflejo que sólo nos da una pálida idea de lo que es la verdadera luz.

La verdadera luz que Dios creó el primer día, y mediante la cual creó a continuación todo lo demás, era el Alma Universal. Ella es la que alimenta el cosmos, la que lo contiene todo, y todos los seres se mueven en ella como peces en el océano. Esta luz está compuesta de diferentes capas más o menos sutiles, comparables a las capas de la atmósfera. En realidad, la atmósfera es también un océano y nosotros somos peces de otra especie que nadamos y nos alimentamos en el aire. Inmediatamente más allá de este océano se extiende otro océano, de naturaleza etérea, en el que habitan otras criaturas... Por tanto, el Alma Universal tiene estratos con mayor o menor grado de densidad, más o menos sutiles, hasta llegar al más alto, que es de fuego, en donde moran el Espíritu Santo y la Madre Divina.

¿Qué hay que entender por «segundo nacimiento»? Todo el mundo sabe lo que es el primer nacimiento: es el del niño que nace en nuestro mundo físico, con brazos, piernas, nariz, boca, pulmones... Y respira, habla, camina... El segundo nacimiento también requiere de una concepción, pero esta concepción tiene lugar en otro mundo, un mundo en el que el espíritu se une a la materia pura para concebir un hijo divino. Y cuando el niño ha nacido en el mundo espiritual, también puede andar, hablar y trabajar en dicho mundo. El segundo nacimiento es eso: poder entrar y vivir en un universo de otra dimensión.

Cuando el alma y el espíritu se unen dan a luz un germen que se desarrolla como una conciencia nueva. Esta conciencia nueva se manifiesta como una luz interior que expulsa las tinieblas, como un

calor tan intenso que aunque el mundo entero os abandone nunca os sentís solos, como una vida abundante que hacéis brotar por doquiera que os lleven vuestros pies, como una afluencia de energía que consagráis a la edificación y a la construcción del Reino de Dios, como una alegría extraordinaria de sentirse conectado con todo el universo, con todas las almas evolucionadas, de formar parte de esta inmensidad..., y la certeza de que nadie puede quitaros esta alegría. En la India, este estado se llama conciencia búdica; y los cristianos lo llaman el nacimiento de Cristo.

Sí, el nacimiento del principio divino es un acontecimiento interior tan excepcional que nadie puede llamarse a engaño. Sentís la presencia de otro ser que os ayuda, os ilumina, os protege, os alegra, como si el Cielo estuviese abierto ante vosotros. Aún en las circunstancias más terribles, en los momentos en que estáis más desanimados, sentís que está con vosotros y que sois ayudados. Sí, es la sensación de una presencia, de un contacto que nunca se interrumpe. Es como si tuvieseis junto a vosotros la llama de una lámpara que no se extingue jamás. Cuando la necesitáis, ella os puede dar toda la luz y el calor que deseáis, pero, mientras tanto, aunque no os sirváis de ella, está siempre junto a vosotros, a vuestra disposición.

«Si no nacéis del agua y del espíritu»... Los Iniciados, que conocen el lenguaje simbólico, no toman las palabras «agua» y «espíritu» en sentido literal, sino que les encuentran correspondencias y relaciones en todos los campos. Las mismas leyes existen en todas las regiones: si nacen niños en el mundo físico es señal de que también nacen niños en los demás mundos.

El segundo nacimiento es el nacimiento en el mundo divino, y esta vez es el propio hombre el que decide nacer y el que lo hace gracias a sus propios esfuerzos. Para nacer en el plano físico no os pidieron vuestra opinión; otros os llamaron y os formaron sin contar demasiado con vosotros. En realidad, sí; jugasteis un papel activo y todo dependía de vosotros, pero hoy, digámoslo así para simplificar las cosas. Para el segundo nacimiento, en cambio, vosotros sois los responsables, los que decidís nacer en el mundo de la luz. Conscientemente, pacientemente, inteligentemente, os modeláis otro cuerpo para nacer en el Reino de Dios.

«Si un hombre no nace del agua y del espíritu no puede entrar en el Reino de Dios», lo cual quiere decir que no puede renacer si no posee los dos principios en él. El segundo nacimiento es el nacimiento de Jesús, pero el nacimiento de Jesús es también vuestro nacimiento. La madre es el agua, es decir, el amor, la pureza, la vida; y el padre es el fuego, la luz, el espíritu. Si no poseéis estos dos principios: el amor, que es el principio femenino, y la sabiduría, que es el principio masculino, no podéis nacer por segunda vez. Un hijo presupone un padre y una madre; pues bien, sin el amor y la sabiduría, faltan los padres, y el hijo no nacerá jamás. Habéis nacido ya una vez, ciertamente, pero todavía no habéis nacido del amor y de la sabiduría. Para nacer por segunda vez en forma de Niño Jesús, son precisos un padre y una madre más elevados, más evolucionados que el padre y la madre físicos: son precisos el amor y la sabiduría, y el niño que nazca será la verdad, la plenitud de vida, lo que es real y verídico.

II

La vida de un niño no comienza cuando éste aparece en la tierra. Antes de nacer, existía ya un lugar donde su madre trabajaba en su formación. Un nacimiento es comparable, pues, a la exposición de la obra de un escultor o de un pintor: se descorre la cortina que la ocultaba y ahora todo el mundo puede verla, porque está acabada. Sí, pero lo esencial es que el trabajo había empezado ya mucho antes, desde el instante en que el niño no era más que un germen, una semilla... Por eso, para comprender el fenómeno del nacimiento debemos, en primer lugar, estudiar la semilla.

Imaginad un líquido en el que se hubieran dejado disolver sales cristalinas: es transparente, no veis nada en él. Pero si lo ponéis en determinadas condiciones, si lo calentáis, por ejemplo, se formarán cristales siguiendo ciertas líneas de fuerza, y pronto veréis aparecer figuras geométricas. Cada átomo de un elemento químico posee la cualidad de cristalizar en talo cual sistema, y así es como se forman los

cristales, al encontrar cada átomo su lugar en función de unas líneas de fuerza determinadas. El mismo fenómeno se produce en la semilla: la semilla es como una solución química que posee unas propiedades específicas que esperan el momento favorable para manifestarse.

Iré incluso más lejos, diciendo que la semilla es un talismán, un pentáculo, preparado por el Creador para atraer determinadas fuerzas y elementos del espacio. Cuando ponéis a esta semilla en ciertas condiciones, es decir, cuando la plantáis en la tierra dándole la humedad y el calor indispensables, atrae a todos los elementos que le corresponden y empieza a crecer. La propia semilla no posee estos elementos: están diseminados por el espacio y debe atraerlos. La semilla - y por eso es minúscula - sólo posee el plan, el proyecto de lo que será más tarde el árbol, con sus raíces, su tronco, sus ramas, sus hojas y sus frutos. Por eso podemos decir de ella que es comparable a un talismán que evoca y atrae hacia sí todas las fuerzas que corresponden a sus propias vibraciones. Por lo demás, la ciencia de los Iniciados concerniente a los talismanes y a los pentáculos está basada en el conocimiento de las leyes que rigen el crecimiento de la semilla.

La semilla, pues, no es otra cosa que un ser viviente que recurre sin cesar a las fuerzas y a los elementos del cosmos para poder llevar a cabo su tarea. Y su tarea es llegar a ser como su padre, el árbol. Por eso, una vez plantada, a menos que sea defectuosa, toda su actividad se dirigirá hacia el cumplimiento de esta vocación: tomará, de entre los elementos que la rodean, aquellos que le convienen y rechazará los demás, y así llegará a expresar todas las tendencias inherentes en el esquema que lleva dentro de sí.

Y lo mismo sucede en el hombre. Puesto que Dios ha creado al hombre a Su imagen, éste, si se desarrolla correctamente, tiene la posibilidad de llegar a ser como El. Si los hombres están tan lejos de parecerse a Dios, por el momento, es porque cuando deben concebir un hijo, los padres y las madres no se preocupan de introducir en él el esquema perfecto que atraería los mejores materiales del cosmos y haría de él un verdadero hijo, o una verdadera hija de Dios.

Es importante que comprendáis bien esta idea. El germen del niño que va a nacer es exactamente como la semilla que se ha puesto en la tierra: se expone a la luz, se riega, se protege de los insectos - simbólicamente hablando - y empieza a crecer. Las fuerzas depositadas en el germen empiezan a vibrar y atraen a los elementos benéficos que les corresponden; pureza, salud, belleza, bondad, inteligencia... o, por el contrario, taras y vicios. La naturaleza es de una fidelidad absoluta; por eso, cuando los padres se quejan: « ¡Miren que hijo más espantoso que Dios nos ha dado! », deben saber que no es Dios quien les ha dado este hijo sino que son ellos mismos quienes lo han modelado, fabricado, y que si hubiesen sido más conscientes, si hubiesen estado más vigilantes, lo habrían hecho mejor. .

Una semilla... todo el universo está resumido en una semilla o en un germen humano. ¿Cuál es la ciencia que puede llegar a descorder la cortina del misterio que se esconde en un germen?..

Cuando os hablé de la concepción y de la gestación, * os dije que el germen que el padre da a la madre en el momento de la concepción lleva dentro de sí el proyecto de lo que será el niño es como un plano, como un esquema -. En cuanto a la madre, durante los nueve meses de la gestación, su trabajo consiste en atraer todos los elementos que entrarán en la construcción del edificio; y este edificio comprende el cuerpo físico del niño, pero también sus cuerpos sutiles. Para que estos elementos sean de la mejor calidad, es muy importante que la madre vigile constantemente sus pensamientos y sus sentimientos.

Mediante su vida psíquica, todo ser humano modifica los elementos que constituyen sus células, su sangre. La mujer encinta que se abandona a una conducta desordenada produce en su organismo cambios muy perjudiciales para el niño que lleva y que alimenta, ya que hace entrar entonces en la estructura del niño unos elementos que después captarán todas las malas corrientes. Evidentemente, la

* Ver «Una educación que comienza antes del nacimiento», cap. II

mayoría de los médicos todavía no tienen idea alguna de esta ciencia. Para ellos la vida moral de la madre durante la gestación no tiene ninguna influencia en el niño. Los consejos que dan solamente se refieren al plano físico: la comida, la actividad, el sueño, etc. Pero un día se verán obligados a llenar esta laguna y a admitir que el destino del niño depende en gran parte del estado de espíritu de la madre durante la gestación.

Como la madre, el discípulo tiene la tarea de construir dentro de sí mismo otro cuerpo, pero un cuerpo espiritual que le permitirá nacer por segunda vez. Posee la idea, el plano: el Reino de Dios y su Justicia, la perfección, la armonía, y ahora es preciso que lo realice aportando día tras día los materiales. Aunque, en realidad, es más exacto decir que son los materiales los que se presentan espontáneamente. Cuando tenéis el plano y lo exponéis, atrae del cosmos a todos los elementos que le corresponden, y que se reparten conforme a las líneas de fuerza de este plano.

El segundo nacimiento es un trabajo consciente a partir de un esquema que llevamos dentro de nosotros, en nuestra cabeza; y este trabajo obedece a las leyes de la galvanoplastia, que son las leyes de la magia divina. ¿Queréis pareceros a tal Santo o tal gran Maestro al que amáis profundamente? Sois entonces como una madre que lleva la imagen ideal del hijo que quisiera tener, y todas vuestras fuerzas subconscientes se ponen a trabajar para realizar esta imagen. Aunque no lo logréis completamente en esta encarnación, todas las adquisiciones espirituales que hayáis hecho os seguirán en la próxima, y continuaréis vuestro trabajo. Pero hay que comenzar desde hoy, si no, nunca podrá nacer Cristo en vosotros; vosotros sois los únicos que podéis prepararle las condiciones para su nacimiento.

Cuando hablo del trabajo que hace la madre en el niño que lleva en su seno, hablo, evidentemente, de un trabajo subconsciente. La madre no sabe cómo se hace este trabajo, ni siquiera sabe cómo será su hijo, sino que es la naturaleza la que en ella muestra su sabiduría. La madre, por su parte, continúa viviendo más o menos como antes, sin tener conciencia de todo lo que sucede; y felizmente que ello es así, porque se trata de unos procesos tan complicados que perdería la cabeza. De igual manera, cuando el discípulo asume el papel de madre para dar a luz a un hijo divino, tampoco es necesario que conozca los detalles de su formación. Debe encontrar el germen y debe tener después un comportamiento apropiado para favorecer el nacimiento de este hijo, es decir, debe vigilar sus pensamientos, sus sentimientos y sus actos para que sean los mejores y vayan a alimentar al hijo con sus partículas sutiles y luminosas.

Lo que depende de nosotros es, únicamente, tener una buena actitud, ejecutar las prescripciones, aportar los elementos más puros. De todo lo demás, es la propia naturaleza la que se encarga de ejecutarlo en las profundidades de nuestro subconsciente. Si tenemos una actitud correcta, desencadenará todos los procesos necesarios para el nacimiento del niño divino. Por eso los sabios han insistido siempre en la necesidad de esta actitud correcta, la única capaz de promover fuerzas benéficas. Los hombres desprecian estos consejos, piensan que pueden hacer cualquier cosa sin que ello tenga la menor importancia; pero unos años después, se ven obligados a reconocer que sí la tenía. No hay que discutir las reglas y las leyes eternas sino que hay que aplicarlas.

Tanto si se trata de la vida interior como de la vida física, para que el niño nazca en buenas condiciones lo esencial es la forma de vivir de la madre. Así es como se hace el trabajo, hasta el día en que se descubre la cortina y aparece el niño. Entonces, los espíritus celestiales se ponen a su servicio: es el niño regio, todo el Cielo está allí para admirarle y suministrarle todo lo que necesita. Y desde el instante en que nace es independiente, lleva una vida independiente de la del discípulo... No hay nada más grande que consagrar su tiempo y sus energías para hacer nacer este niño; todo lo demás no es nada.

Todo lo que se ha escrito en los Evangelios sobre el nacimiento de Jesús quizá sea verdad desde el punto de vista histórico, pero es verdad, sobre todo, desde el punto de vista simbólico. No hay que pararse demasiado en considerar si realmente aquella noche, en Belén, había una estrella, los Angeles,

los pastores y un pesebre con un asno y un buey. Es verdad desde un punto de vista simbólico, y esto es lo esencial. Cada vez que el Niño divino nace en un alma la estrella está allí, todos los ángeles cantan y los Reyes Magos van a inclinarse ante él y a llevarle presentes. Por lo demás, estos fenómenos se han producido varias veces en la historia con motivo del nacimiento de un Salvador de la humanidad. Porque Jesús no ha sido el único Salvador.

Sólo se le pide, pues, al discípulo, que vaya al granero a tomar algunas semillas y que las plante (puesto que no pueden plantarse solas) y que mantenga siempre condiciones adecuadas a su alrededor. Su trabajo termina ahí. A continuación, las fuerzas de la naturaleza le dirán: «¡Vamos! ¡Puedes irte ahora a descansar! ¡Déjanos hacer! La tierra, el sol y la lluvia harán su trabajo». Sí, nosotros solamente tenemos que desencadenar el proceso y después es la naturaleza la que lo realiza. Lo mismo ocurre en la creación de un hijo: el padre desencadena el proceso y la madre, que representa la naturaleza, se ocupa de la realización.

Ahora, sólo os resta pedir a las entidades celestiales que están ahí, que os escuchan, que os visitan, que os ayuden a realizar este plan gigantesco: el nacimiento de lo divino en vosotros. Después, cada día deberéis continuar aportando los materiales, cuidando de que sean puros, armoniosos, y en cuanto algo no esté a punto deberéis limpiarlo, repararlo o eliminarlo. Las dificultades del trabajo interior no son muy diferentes de las del trabajo físico: siempre hay algunas salpicaduras, algunas manchas... Pero si os vigiláis, si continuáis trabajando con los instrumentos que Dios os ha dado: el intelecto, el corazón, la voluntad, y si, en cuando os dais cuenta de que algo se tuerce un poco, lo enderezáis pacientemente, sin forzar las cosas, con prudencia, cada día os traerá sus bendiciones, sus luces, y la vida se volverá extraordinaria, llena de alegría, de esperanza y de amor, simplemente porque hacéis el trabajo que Dios os pide.

Sí, Dios os pide este trabajo, y si no lo hacéis no seréis recibidos arriba, en la gran asamblea de los Angeles y de los Arcángeles... En los Evangelios, Jesús habla de un hombre que no había sido aceptado en un banquete real porque no llevaba el traje de fiesta. Evidentemente, se trata de algo simbólico: este traje que debemos llevar para que seamos aceptados en los banquetes de arriba, es el traje de luz, el aura, símbolo de todas las cualidades y virtudes.

III

EL NACIMIENTO EN LOS DIFERENTES PLANOS

Ciertos procesos de la vida espiritual requieren un cambio de polaridad. El discípulo que desea hacer nacer a Cristo dentro de sí debe buscar, en primer lugar, al padre de este hijo. Si es un hombre, debe polarizarse negativamente, convertirse en mujer, es decir, cultivar las cualidades de humildad, de dulzura, de paciencia. Cuando quiere crear un hijo en el plano físico, el hombre debe ser activo, positivo, emisivo; pero cuando es él quien tiene que dar a luz a un hijo en el plano espiritual, debe polarizarse femeninamente desarrollando las cualidades correspondientes a fin de atraer al Espíritu cósmico.

Una mujer puede, igualmente, crear un hijo divino, pero también ella debe cambiar de polaridad. En el plano físico la concepción sólo es posible si la mujer es pasiva, receptiva; pero en el plano espiritual debe volverse activa y unirse al Alma universal. La mujer debe llegar a aprehender el Alma universal para que nazca el hijo. Estas explicaciones os asombran, lo veo, porque para vosotros estos cambios de polaridad son algo nuevo, pero es preciso que los conozcáis.

Cuando un hombre y una mujer se unen, todas las energías del hombre descienden hasta la parte más baja de su columna vertebral y desde allí se comunican a la mujer, luego suben por la columna vertebral de ésta hasta su cerebro y, desde allí, se comunican nuevamente al hombre. La mujer, pues, recibe todas estas energías por abajo y las devuelve al hombre por arriba. De esa forma se desencadena

una circulación formidable. Pero eso no es todo; si estudiamos la polaridad del hombre y de la mujer en los diferentes planos, nos daremos cuenta de que existen entre ambos unas inversiones de polaridad extraordinarias. El hombre, que es emisivo en el plano físico, es receptivo en el plano astral, y emisivo, de nuevo, en el plano mental, etc... E inversamente, la mujer, que es receptiva en el plano físico, es emisiva en el plano astral y, de nuevo, receptiva en el plano mental, etc... gracias a esta inversión de polaridad los hombres y las mujeres pueden hacer entre sí, y en todos los planos, intercambios de una riqueza inaudita.

En el plano físico, el papel de la mujer es, únicamente, el de dar a luz el hijo; no es ella quien da el germen. Pero debe saber que es emisiva en el plano astral y que, si quiere crear un hijo, puede fertilizar al Alma universal. En cuanto al hombre, si quiere dar a luz un hijo divino, debe entrar en contacto, en el plano astral, con el Espíritu cósmico. Sin embargo el Espíritu cósmico no visita a cualquiera; es un príncipe, y un príncipe no va a buscar a su amada en los tugurios y lugares de corrupción. Por eso, el Iniciado que quiere atraer la mirada del Espíritu universal procura hacer de su alma una princesa exquisita, llena de amor, de humildad y de dulzura, siempre dispuesta a cumplir la voluntad divina, dando su vida si es preciso. Es por esta razón que la religión siempre ha preconizado una actitud de receptividad, de devoción y de adoración con respecto al Cielo: inclinarse, arrodillarse, prosternarse, es decir, hacerse «mujer», simbólicamente hablando.

Cuando el alma del discípulo se ha vuelto como una joven princesa engalanada con perlas y piedras preciosas, el Espíritu cósmico viene a unirse a ella para fertilizarla. Pero el discípulo debe estar muy atento, porque sucede que algunos que pretenden buscar el Espíritu Santo atraen, en realidad, ¡al Diablo!... puesto que, al no haberse purificado previamente, atraen a los espíritus, ciertamente, pero a los espíritus tenebrosos. ¿Cómo queréis que el Espíritu Santo venga a visitaros si no tratáis de vivir una vida divina?.. La mejor forma de atraerlo es, una vez más, profesarle un gran amor.

En el momento en que esta unión se produce, el discípulo siente que, por vez primera, sucede en su vida algo hermoso, inmenso, grandioso, y se conmueve, todo su ser vibra de alegría y de esperanza. El hijo se forma poco a poco y entonces las energías del discípulo ya no se pierden ni despilfarran externamente con locuras o futilidades: están todas consagradas a alimentar al hijo, exactamente igual que la sangre de la madre durante la gestación.

Y ahora, cuando un mago, un teurgo, quiere crear hijos en el plano mental, puede también hacerlo, puesto que el hombre es emisivo en este plano: mediante el poder de su pensamiento fertiliza al Alma universal, y puebla, de esta manera, el espacio de miles de criaturas divinas. Tanto es así que un verdadero mago no tiene ningún deseo de tener hijos en el plano físico; los únicos hijos que quiere crear son entidades espirituales, y por eso se relaciona continuamente con la Mujer cósmica, con el principio femenino eterno. Mientras que la mujer, que es receptiva en el plano mental, puede unirse al Principio creador divino y tener un hijo cuyo germen es dado por el mismo Dios, bajo la forma de un ideal, de un proyecto divino al que ella proporciona los materiales para que se realice. Pero, lo repito, si una mujer quiere crear hijos por sí misma, puede hacerlo en el plano astral fertilizando al Alma universal. El hombre fertiliza al Alma universal en el plano mental, y la mujer en el plano astral.

Todo esto está claro; lo que pasa es que no estamos acostumbrados a examinar estas cuestiones. Resumamos, pues: en el plano físico el hombre crea el hijo, mientras que la mujer únicamente puede formarlo y parirlo. En el plano astral sucede a la inversa, la mujer crea el hijo y el hombre lo forma y lo pare. En el plano mental volvemos a encontrar la misma polaridad que en el plano físico: el hombre crea y la mujer forma. Es importante comprender bien esta diferencia entre la creación y la formación, porque sin el conocimiento de estos cambios de polaridad no se pueden obtener verdaderas realizaciones en el mundo espiritual.

El nacimiento de Cristo, del Niño divino en nosotros, es lo que los Evangelios llaman el segundo nacimiento. Diréis: «Pero, ¿soy yo quien nace por segunda vez o es otro el que nace en mí?» En

realidad, lo mismo da. Pero puede decirse que sois vosotros los que nacéis, porque sentís que tenéis otra conciencia, otros pensamientos, otros sentimientos, y que entráis en un mundo que existe desde toda la eternidad, pero en el que no habíais podido penetrar aún porque todavía no habíais nacido por segunda vez.

El primer nacimiento es nuestra entrada en el mundo físico, mundo que debemos estudiar y en el que debemos trabajar para desarrollarnos. Pero eso no basta: existe otro mundo que es pura luz, puro amor, pura belleza, y en este mundo también debemos penetrar un día para explorarlo, para oír su música, oler sus perfumes, contemplar sus flores, sus árboles, sus lagos, sus montañas... Diréis: «¿Todo eso contiene este mundo?» Sí, hasta hay almacenes inmensos en los que podréis comprar todo lo que queráis. «Y, ¿con qué dinero?» No hay necesidad de dinero, vuestro amor os servirá de dinero: allá arriba, si tenéis mucho amor sois ricos, ¡podéis comprarlo todo!

Decía pues: sois vosotros los que nacéis, pero, al mismo tiempo, es otro el que nace en vosotros, un hijo cuyo padre es el mismo Dios. El alma humana se ha convertido en una madre que, gracias a sus virtudes, ha logrado atraer el Espíritu cósmico. El Espíritu cósmico está ahí, siempre presente, sólo desea penetrar en nosotros para traernos sus regalos, pero, ¿cómo queréis que entre si todo está cerrado, atrancado? Únicamente puede atraer al Espíritu cósmico aquél que decide consagrar su vida al establecimiento del Reino de Dios en la tierra. Cuando esto ocurre se produce una abertura en el corazón y en el alma de este ser, de la que brotan algo así como fuegos artificiales, chispas que se proyectan por encima de su cabeza como una corona. Y así es como en esta oscuridad que representa el mundo, en esta noche sin estrellas donde todos gritan y se destrozan, se producen de vez en cuando relámpagos, proyecciones luminosas que son otras tantas señales hacia las que se dirige el Espíritu para tomar a tales seres bajo su protección.

Ahora quizá podáis comprender por qué el símbolo de un gran Iniciado, de un gran Maestro es el andrógino, es decir, el ser que posee en sí mismo los principios masculino y femenino en perfecta armonía. Para hacer nacer en él el Niño divino, debe ser a la vez padre y madre, hombre y mujer; en tanto que padre, desencadena el proceso de la concepción, y en tanto que madre, alimenta y forma al hijo. Un Iniciado es un ser en plenitud, nada le falta, posee los dos principios, no pasa el tiempo buscando su otra mitad como la mayoría de los humanos. Y, ciertamente, el hecho de que el mundo no contenga sino mitades que se están buscando las unas a las otras es, de por sí, una prueba de que los humanos están lejos aún de la filosofía iniciática.

Al hablaros así consigo, poco a poco, restituir una parte de la Enseñanza sobre los dos principios que Melquisedec dio a Abraham cuando le entregó el pan y el vino. Sí, la forma de obrar de un Iniciado para hacer nacer en él el Niño divino, Cristo, forma parte de esta Iniciación dada por Melquisedec.

IV

«SI NO MORÍS, NO VIVIRÉIS»

Esperáis que os hable... pero, ¿qué más queréis? Mirad, la naturaleza ya nos ha hablado a todos. ¿Os habéis dado cuenta que por todas partes a vuestro alrededor se está produciendo un acontecimiento que se llama primavera?.. ¡Ah! os habéis dado cuenta... Es magnífico, sentimos que todo se agita; una nueva ola afluye desde el cosmos, y dentro de poco tiempo toda la tierra se llenará de flores, de árboles, de pájaros... ¡qué maravilla! He ahí uno de los fenómenos más extraordinarios de la vida: la primavera.

Cada año todo se renueva... Sí, todo, ¡excepto los seres humanos! Los hombres no cambian, no se sintonizan con esta renovación. Sienten, desde luego, que hay algo en el aire, pero no se dejan influir. Deben aprender ahora a abrir sus puertas y sus ventanas para que esta vida pueda también penetrarles e impregnarles. Esto es lo más importante que puedo deciros esta mañana. Porque es una lástima que este

renacimiento se produzca solamente en la naturaleza y que los humanos, demasiado concentrados en las viejas cosas, apenas lo noten. Debemos estar libres, disponibles, y recibir con los brazos abiertos esta nueva vida. Sin duda que inconscientemente todo el mundo se siente un poco agitado, sobre todo los jóvenes: no saben lo que les ocurre, pero sienten un impulso, una necesidad de amar. Esta voz que se hace oír y dice a todas las semillas, a todas las simientes: « ¡Vamos, despertaos, creced ahora!» es de una potencia inaudita; pero la mayoría de los hombres son sordos a esta voz, y continúan paralizados, estancados.

Para un Iniciado, este período del equinoccio de primavera es muy importante. Sabe utilizarlo para hacer todo un trabajo de purificación, de regeneración. Sí, no basta con observar que los pájaros cantan, que las flores crecen y que los hombres están un poco más alegres. Hay que hacer todo un trabajo, un trabajo de renovación. Cuando venís por la mañana a la salida del sol sólo debéis tener en la cabeza la idea de esta renovación. Dejad a un lado todos los demás temas, todo aquello que ya es viejo y caduco, y concentraos únicamente en la nueva vida para entrar en comunicación con esta gran corriente que brota del corazón del universo.

¡Sí, alegraos, la primavera está ahí, cantad, bailad! Algunos dirán: «Para nosotros ya se acabó... la primavera es para la juventud». Al razonar así se apartan de la vida. Todo el mundo debe sintonizarse con la renovación ya que en eso no hay que hacer distinción entre jóvenes y viejos. ¿Acaso habéis oído decir a los viejos árboles: «para nosotros ya pasó la edad de florecer, ahora dejamos eso para los jóvenes»? No, también ellos, en primavera, se cubren de flores y de hojas. Así que, hasta las abuelitas y los abuelitos deben entrar en el corro, corretear, saltar, danzar - simbólicamente, claro - y todo les irá mejor.

¿Cómo no ver que la naturaleza entera piensa en nosotros? Cada primavera nos envía todas las energías y los estímulos que necesitamos para el resto del año, y a nosotros nos corresponde no dejarlas pasar de largo sino aprovecharlas.

Ya habéis recibido mucho esta mañana a la salida del sol, ¿qué queréis que yo añada ahora? Estoy aquí para interpretar ciertos fenómenos, para daros explicaciones, para orientaros, eso es todo; para lo demás, dirigíos al sol. ¡Mirad tan sólo el trabajo que hace sobre todas las pequeñas simientes que dormían! Les dice: «¿A qué esperáis? Ahora tenéis que dar algo. ¡Hala, vamos a trabajar! -Pero, somos pequeñas, somos débiles... ..No, no, probad y veréis, yo os voy a ayudar». Y entonces todas estas pequeñas simientes cobran ánimo. Cada día el sol las calienta, las acaricia, les habla, y, después de algún tiempo, se ven aparecer unas flores magníficas junto a las que los poetas, los pintores, los músicos, vienen a maravillarse y a inspirarse. ¿ Por qué ho iba a suceder lo mismo con nosotros?

Nosotros somos semillas plantadas en algún lugar del suelo espiritual y, expuestos a los rayos del sol, podemos producir colores y perfumes tan exquisitos que hasta las divinidades queden extasiadas. ¿Qué es una flor? No sabe ni cantar, ni danzar, ni tocar el violín, y sin embargo, hasta los cantores, los bailarines y los músicos se extasían ante ella... y si, de igual forma, nosotros sabemos ser como flores, ¿por qué las divinidades, que son muy superiores a nosotros, no iban a quedar fascinadas? Dirán: «¡Qué bonita flor!», y se ocuparán de nosotros para hacernos aún más puros, más luminosos, más perfumados.

Ahí está, pues, la renovación, la regeneración que se acerca; y éste es el proceso que nos interesa: todo lo demás debemos dejarlo de lado. Este período del equinoccio de primavera es uno de los más importantes del año. Y si se ha situado la resurrección de Jesús en este momento es porque, en realidad, se trata de la resurrección de toda la naturaleza que era ya festejada desde mucho antes de Jesús. Sólo que, en el transcurso de los siglos, la luz de la Iniciación se perdió y los cristianos ya no saben cómo comprender la resurrección.

En todos los santuarios iniciáticos del pasado, y mucho antes de la época de Jesús, los hierofantes revelaban a sus discípulos cómo resucitar para acceder al rango de inmortales. La resurrección la estudiaron los Iniciados en primer lugar en la naturaleza, que siempre ha sido su guía. Observaban la naturaleza y a través de la metamorfosis de la oruga en mariposa, por ejemplo, o del grano que tiene

que morir para fructificar, comprendían sus lecciones.

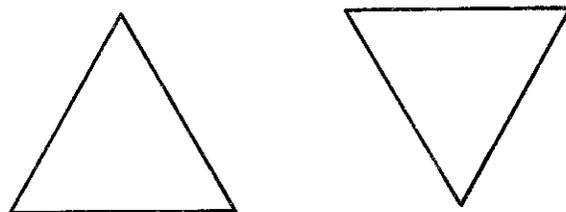
«Si no morís, no viviréis», dijo Jesús. La noción de resurrección está obligatoriamente ligada a la de muerte, de descomposición. En tanto no muere, la semilla se opone a la manifestación de la potencia de vida oculta dentro de ella. En el hombre, es la naturaleza inferior la que debe morir para dejar su sitio al espíritu, el principio divino, que encuentra entonces la posibilidad de liberarse para actuar y transformarlo todo.

El secreto de la resurrección está ahí, delante nuestro, en la: naturaleza, y espera que nosotros lo comprendamos, que nos decidamos a morir conscientemente para que surja de nosotros un hombre nuevo. Muy pocos, incluso entre los Iniciados, han logrado resucitar para convertirse en inmortales, porque no hay cosa más difícil que dominar a la naturaleza inferior, que es extremadamente hábil, astuta, y sabe todo lo que tiene que hacer para engatusarnos. Para poder escapar de ella hay que tener mucho discernimiento, un amor estable y una voluntad poderosa.

En algunas Iniciaciones del pasado, la prueba final para el discípulo que había superado con éxito las etapas preliminares era la de la muerte y la resurrección. * Era colocado en un sarcófago en donde permanecía durante tres días y tres noches, vigilado por sus Maestros, los cuales, con ayuda de determinadas prácticas por ellos conocidas, le mantenían en estado hipnótico y separaban de su cuerpo físico sus cuerpos etérico y astral con los que el discípulo viajaba por el espacio. Durante tres días visitaba todas las regiones; el infierno, el paraíso... miraba, quedaba asombrado, horrorizado, extasiado, vivía la verdad. Cuando volvía, los lazos entre sus cuerpos etérico y astral y su cuerpo físico eran de una naturaleza totalmente diferente: todo lo que había visto, todas las impresiones que había vivido se habían grabado en su cerebro, y podía ahora recordarlas con todo detalle.

Algunos movimientos espiritualistas han conservado estos ritos de muerte y resurrección. Desgraciadamente, en la mayoría de los casos se trata de una comedia, porque los Iniciados y los grandes Maestros ya no están presentes. Hay allí, excusadme, un borrico en el sarcófago, rodeado de gentes que hacen como si vigilasen y dirigiesen la operación; y cuando sale del sarcófago no está más instruido que antes. Queda sólo un lejano recuerdo de ritos antiguos, en espera de que los humanos recobren un día el sentido de lo sagrado que antes poseían. Pero es muy difícil: para llegar a recobrar y a vivir toda esta ciencia, es preciso liberarse de las cortapisas que les pone la naturaleza inferior; y son muy raros los que quieren liberarse.

Para resucitar y lograr la inmortalidad existen varios métodos que nos son revelados por los símbolos de los dos triángulos, el uno con el vértice hacia arriba y el otro con el vértice hacia abajo. Estos dos triángulos representan los dos procesos universales de evolución e involución, evolución de la materia e involución del espíritu. Nos enseñan cómo debemos elevamos hasta la Divinidad para fundirnos en ella, al mismo tiempo que debemos atraerla para que venga a habitar y a manifestarse en nosotros. Decís: «Señor, yo no soy quien vive y se manifiesta, sino tu Espíritu en mí». Os perdéis en el espacio infinito a fin de que no quede ni un átomo de vosotros y venga El, el Poderoso, el Grande, el Fuerte, a ocupar vuestro lugar...



Así es como hay que comprender la muerte que se nos pide desde el punto de vista espiritual: no destrúis el cuerpo físico, sino únicamente el principio que mantiene la muerte en vosotros. Es el

* Ver el tomo XXX de las Obras Completas, capítulo VIII, 2a parte.

«Solve» y el «Coagula» de los alquimistas: os diluís, os fundís en el espacio y pedís a Dios, que es la inmensidad, que venga a encarnarse en vosotros. Ahora comprendéis cómo expresan estos dos triángulos el proceso de resurrección. Son conocidos, sobre todo, con el nombre de hexagrama o sello de Salomón; pero este símbolo ya existía desde mucho antes de Salomón.



Evidentemente, la verdadera resurrección total, definitiva del ser humano no se produce de golpe, sino progresivamente. Cuando encendéis una vela, podéis estar seguros de que podéis prender fuego a la tierra entera; porque ya poseéis una llama. De igual forma, desde el instante en que encendéis una célula en vuestro corazón o en vuestro cerebro, puede decirse que estáis encendidos: aunque las demás células no hayan prendido aún, pueden hacerlo. En Pascua, en las iglesias ortodoxas, el pope enciende un cirio, luego transmite la llama al cirio de su asistente, y así, sucesivamente, cada uno enciende su cirio con el del vecino y la iglesia pronto queda iluminada.

Esto puede producirse también en vosotros: en cuanto hayáis encendido una célula, vuestro cuerpo entero puede ser encendido e iluminado, siempre que, claro está, la naturaleza inferior no venga a oponerse al proceso de regeneración. La resurrección definitiva presupone que se han producido ya varias resurrecciones... Así que, mis queridos hermanos, debéis lograr resucitar por lo menos una célula, porque ésta es capaz de encender otra a su lado, y ésta, a su vez, otra... y así es como la luz se propagará poco a poco en todo vuestro ser.

«Si no morís, no viviréis». Morir significa fundirse en el infinito para ceder el sitio al Señor a fin de que sea El quien venga a reinar en vosotros. No os aferráis a vuestra existencia, queréis desaparecer, pero con una sola condición: que sea Dios mismo quien ocupe vuestro sitio. Y si insistís verdaderamente, se ve obligado a capitular porque utilizáis fuerzas de la misma naturaleza que la Suya. No puede decir: «Veamos, voy a reflexionar, voy a estudiar cómo vivió en el pasado». No hay pasado ni nada: ante semejante deseo todo lo demás queda borrado, sólo queda la decisión que hoy tomáis.

Mientras no queráis ceder vuestro sitio a un ser superior, ni siquiera al Señor, seguiréis siendo vulnerables, endebles, miedosos, desgraciados. No existe religión más elevada que el sacrificio: aceptar morir para vivir, para estar vivo de otra vida distinta de la vuestra, para estar vivo de la vida de Dios. Habéis querido desaparecer, y no sólo no desaparecéis sino que os volvéis más grandes que antes. Y ése es el verdadero heroísmo. Los verdaderos héroes son aquellos que no tienen miedo de desaparecer para ser reemplazados por la Divinidad.

Ahora voy a daros un ejercicio. Imaginaos que os proyectáis hacia las alturas, y que, al mismo tiempo que os eleváis, os extendéis en el espacio infinito, os diluís en el Alma universal y desaparecéis sin miedo, sin temor. Aunque tengáis la impresión de que habéis perdido totalmente la consciencia, no debéis inquietaros por ello. Y al mismo tiempo que os disolvéis en el espacio, pensad que el espíritu divino descende sobre vosotros, que se instala en vosotros para trabajar y que es él quien habla, quien actúa, quien se manifiesta. No os inquietéis por lo que vaya a suceder, seguiréis siendo vosotros; aunque yano seáis los mismos, no perderéis nada de vuestra verdadera identidad.

Mostradme algo en el mundo que sea más significativo que estas dos palabras: vida y muerte. No lo

hay. Todo está contenido en estos dos procesos: la vida y la muerte. Son las dos palabras más poderosas. Decid tan sólo: «la vida» o «la muerte», todo está ahí, y las gentes tiemblan o se exaltan. Todo lo demás no es nada al lado de estas dos palabras.

Es preciso morir para poseer la verdadera vida; y los que quieren morir, en realidad, están ya muriéndose.

V

LA RESURRECCIÓN Y EL JUICIO FINAL

En el Evangelio de san Marcos, encontramos un pasaje muy interesante sobre la resurrección.

«Los Saduceos, que sostienen que no hay resurrección, acudieron a Jesús y le plantearon este dilema: Maestro, Moisés nos prescribió que si el hermano de uno muere y deja mujer sin hijos, su hermano debe casarse con la viuda y dar sucesión a su hermano. Pues bien, eran siete hermanos. El primero se casó y murió sin dejar descendencia. El segundo tomó a la viuda por esposa y murió sin dejar sucesión. Igual sucedió con el tercero, y de los siete ninguno dejó sucesión. Después de todos, murió la mujer. Cuando resuciten, ¿de quién será la mujer? Porque los siete la tuvieron por mujer. Jesús respondió:

¿No estaréis errados al no entender las Escrituras ni el poder de Dios? Porque, cuando resuciten de entre los muertos, los hombres no tomarán mujer ni las mujeres marido, sino que serán como ángeles en los cielos. Respecto a la resurrección de los muertos, ¿no habéis leído en el libro de Moisés, en el episodio de la zarza, cómo habló Dios diciendo: Yo soy el Dios de Abraham, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob? Dios no es Dios de muertos sino de vivos. Muy errados andáis».

San Marcos, capítulo XII, versículos 18 a 27

No dudo que muchos teólogos y predicadores se habrán detenido en este pasaje para estudiarlo y comentarlo, pero nunca he leído ni oído explicaciones claras sobre este tema. La resurrección de los muertos y el Juicio final son todavía cuestiones extremadamente vagas e inciertas que hoy me gustaría aclararlas.

En este pasaje, hay algunos puntos importantes en los que nos detendremos. Jesús responde: «¿No estaréis errados al no entender las Escrituras ni el poder de Dios?» Esta es una frase que es necesario profundizar, porque puede ser la clave para comprender todo lo demás. Sí, el poder de Dios, ¿cuál es el poder de Dios en la resurrección de los muertos?.. Vais a ver.

Y, a continuación, Jesús dijo: «Porque, cuando resucitemos...» Jesús no niega, pues, la resurrección, pero la entiende de otra manera; hay una resurrección puesto que él mismo ha resucitado, pero, ¿cómo hay que comprender esta resurrección? «...los hombres no tomarán mujer ni las mujeres marido, sino que serán como ángeles en los cielos». Y, ¿cómo son los ángeles en los cielos? Son asexuados, no tienen órganos sexuales. Pero tienen otros órganos muy superiores gracias a los cuales también ellos hacen intercambios: porque los intercambios no están limitados al mundo de los humanos, los hay en todo el universo, ninguna criatura carece de ellos, todas se intercambian amor; pero la forma, la calidad y la expresión de estos intercambios es diferente. ¡Si supieseis cuánto se aman los ángeles entre sí! Diréis: «Pensábamos que eran tan puros que no tenían necesidad de amor». Pero si Dios es Amor y Dios penetra a todas las criaturas, ¿cómo, pues, podrán éstas escapar al amor? Sólo que hay que comprender este amor.

En cuanto a la resurrección de los muertos, Jesús responde: «Dios no es Dios de muertos sino de vivos». Otra cuestión que tampoco ha sido comprendida.

He ahí, pues, algunos puntos importantes que debemos estudiar para aclarar este problema extraordinariamente importante que ha permanecido oscuro: la resurrección. Desde hace dos mil años,

la cristiandad habla de la resurrección y lee los pasajes del Evangelio en los que se relata que Jesús resucitó: unas mujeres llegaron al jardín, un ángel estaba cerca de la tumba, pero Jesús ya no estaba allí, y se apareció, a continuación, a María Magdalena, y después a sus discípulos, etc... Hoy no nos ocuparemos de estos textos para no dispersarnos: nos detendremos solamente en el significado de las palabras de Jesús en la página que acabo de leerlos.

Sabéis cómo comprenden la resurrección de los muertos la mayoría los cristianos: un hombre muere; lo entierran, y, en adelante, va a esperar en su tumba hasta el día de la resurrección. Desde el comienzo de la historia de los hombres, desde hace milenios y milenios, todos aquellos que murieron esperan. No ha llegado todavía el momento de la resurrección, y no llegará hasta el fin de los tiempos... Pues bien, ¡yo no creo en esta resurrección! ¿Por qué? Pues porque las criaturas ya no están ahí. Y, ¿dónde están?

Una vez enterradas, sucede poco más o menos lo mismo que en el taller del impresor (hablo de los impresores de antes): cada página de un libro se componía con letras de plomo y, una vez el libro impreso, se volvían a poner los caracteres en unos pequeños casilleros de donde se volvían a tomar el día siguiente en un orden diferente para componer otro libro. Lo mismo sucede con el hombre: llegaron los impresores, sí, los cuatro elementos... y con partículas de tierra, de agua, de aire y de fuego, compusieron su cuerpo. Y cuando el hombre muere, todo se dispersa; pasado algún tiempo no quedan más que huesos, y después los huesos también desaparecen. ¿A dónde han ido a parar todas estas partículas? Algunas han pasado a la tierra, a las rocas, a los árboles, otras a los océanos, a los ríos, otras a la atmósfera, y algunas han vuelto al sol, al fuego. ¿A dónde buscarlas ahora para resucitar a todos estos seres que fueron enterrados?

Cuando se piensa en todos los monstruos, los asesinos y los verdugos que han poblado la humanidad... y en todos los que estaban enfermos, gangrenosos, sifilíticos... ¡qué espectáculo si hay que resucitarlos! ¿verdad? ¡Un verdadero espectáculo esperpéntico! Si hubieseis visto lo que yo vi en la India... todos estos desgraciados mendigos, leprosos, mutilados, sin nariz, sin orejas, sin brazos, sin piernas; se encogía el corazón... ¿Acaso van a resucitar, entonces, miles y miles de millones como ellos? Porque, desde que la humanidad existe, dese hace millones de años, ¿sabéis cuántas personas han nacido y han muerto? Ni siquiera se puede calcular.

Y esto no es todo. ¿En dónde los meterán cuando vuelvan? No habrá sitio suficiente en la tierra. Y además, habrá que destrozar el mundo entero para recuperar las partículas de sus cuerpos en los árboles, las rocas, las montañas, los ríos, los océanos... ¡Hay que revolver toda la tierra para poder reconstituir a todos esos energúmenos! Excusadme, ya sé que entre ellos hay algunos santos y algunos profetas pero son minoría, y están perdidos ahí en medio como una gota en el océano. A vosotros, los estetas, os pregunto: ¿qué os parece esta perspectiva? Encantadora, ¿verdad? Volver a ver a toda esta gente en carne y hueso, puesta en pie para ser juzgada... Compadezco a los jueces, a los jueces celestiales, ¡cuánto les compadezco, Dios mío! ¿Cómo van a soportar los olores? Porque todo debe ser reconstituído. Sí, claro... ¿cómo se puede juzgar a alguien sin saber qué olor desprendía? No se puede pronunciar el veredicto sin haber reunido todas las pruebas, todos los cuerpos del delito; y me pregunto cómo van a poder resistir tanta fealdad estos grandes espíritus.

¡Pobres cristianos! Están fascinados con la idea de que un buen día toda esta humanidad va a resucitar: sus tíos, sus tías, sus abuelos... De momento, todas estas gentes esperan quietecitos; desde hace millones de años duermen en las tumbas... ¡Vaya escuela de pereza que ha inventado el Señor! ¡Qué paciencia tiene al conservar a todas estas gentes inmovilizadas durante tanto tiempo sin que sirvan absolutamente para nada en la economía cósmica! ¿Cómo puede el Señor tolerar una inercia tal, El, que es tan activo, que crea sin cesar un nuevo cielo y una nueva tierra y que no descansa nunca?... Diréis: «Según la Biblia, el séptimo día descansó». Sí, pero este descanso que se tomó el Señor el séptimo día, según parece, era, en realidad, otro trabajo. Si el Señor tuviese que descansar dejaría de creer en El. Diría: «¡Pobre! Si está fatigado es que El también tiene impurezas en su organismo». Dios

es la pureza absoluta, y en la pureza absoluta no hay fatiga.

¡Cómo comprenden las cosas los cristianos! ¡Siempre me asombra! Todo lo han reducido a proporciones humanas y en lugar de que el hombre se vuelva como Dios, es Dios quien se comporta como el hombre. Tiene las mismas debilidades que él, y, particularmente, la cólera, hasta el punto de que Moisés se ve obligado a hablarle para calmarle, para apaciguarle, para aconsejarle... si no, exterminaría a todo su pueblo. ¡Es increíble! Yo no me creo todo eso. Por eso, perdonadme si os escandalizo, os diré que ha habido un Antiguo Testamento, ha habido un Nuevo Testamento, y habrá un Tercer Testamento: está en preparación. No es que no haya cosas verídicas en los dos Testamentos, sí las hay, pero estaban adaptadas a los hombres de la época en que fueron escritos. Ahora ha cambiado la época, hace falta el Tercer Testamento, y yo os lo digo, vendrá. No contradirá a los dos precedentes, pero puntualizará y matizará...

El Nuevo Testamento no contradice al Antiguo. En algunos puntos, sí, un poco, porque tal como eran los humanos en la época de Moisés no se les podía dar otra enseñanza que la de la justicia. Luego, vino Jesús a dulcificar el mensaje de Moisés trayendo la Enseñanza del amor. Y ahora que los tiempos han cambiado, que los hombres tienen aún otras necesidades y aspiraciones, el mismo Cristo, que vela por la evolución de la humanidad, prepara un nuevo Testamento. Cómo será escrito y por quién, no es necesario que os lo diga, pero así será. La Iglesia no querrá aceptado, porque prohíbe, incluso a Dios mismo, hacer cualquier cosa nueva, igual que el Antiguo Testamento prohibía a Jesús inmiscuirse en los asuntos del Señor; pero, lo acepte o no, lo que os digo se realizará.

Para volver ahora a estos muertos que ya están desmembrados y desparramados en la naturaleza... ¿cómo reconstituidos, puesto que con los mismos materiales la naturaleza ha hecho sucesivamente generaciones y generaciones de seres humanos? Para poder restablecer a unos sería preciso, necesariamente, destruir a otros. Veis, pues, que la resurrección de los muertos tal como muchos la imaginan, es inverosímil: no se sostiene ante la lógica y la sensatez.

Pero admitamos, de todos modos, que estos muertos sean resucitados. Ahora se trata de juzgarlos; bueno... Han permanecido miles y miles de años en su tumba, y se les va a juzgar por una vida de ochenta o cien años como máximo. Supongamos incluso que algunos hayan llegado a ser tan viejos como Matusalén, novecientos años: todavía es poco en comparación con el número de siglos transcurridos desde que murieron. Los hombres habrían, pues, vivido y hecho su trabajo durante muy poco tiempo y habrían dormido inmensamente, durante mucho tiempo. Si hay que juzgarlos, pienso yo que se les condenará, ¡precisamente por haber dormido demasiado! Sí, porque durmiendo eran inútiles, y ser inútil es el mayor pecado. Todos están, por tanto, juzgados de antemano; no vale la pena convocarles para pronunciar la sentencia, ya se sabe cuál será: ¡demasiado descanso!

Otra cosa aún... (verdaderamente, este juicio final, me atrevo a decirlo, lo encuentro insensato); a todos estos hombres, en vez de dejados dormir durante milenios, se les habría podido proporcionar las condiciones adecuadas para que pudieran redimirse y reparar sus faltas... Pero no, sin condiciones: ¡enterrados y se acabó! En este juicio, ¿lo veis?, hay algo que falla: se juzga a la gente millones de años después, sin habedes dado la posibilidad de reparar sus faltas. No, en mi opinión este Juicio final es imposible, o bien hay que comprenderlo de otra manera.

Veamos cómo suceden las cosas en el mundo, por ejemplo en las administraciones. En cada administración hay un cajero, un tesorero o un administrador... Suponed que no se practique ningún control y que sólo unos miles de años después vaya un inspector a verificar lo que hizo el tesorero con el dinero que tenía en su caja... El tesorero estará bien tranquilo y le dará lo mismo que haya una verificación y un juicio dentro de unos miles de años, porque, mucho antes, él ya estará lejos. No sé exactamente lo que sucede en las administraciones y si van a verificar las cuentas cada año o cada trimestre; en todo caso van a verificarlas, y ésta es una forma de Juicio final. Se juzga cómo ha trabajado el tesorero, si ha sido honesto, ordenado, escrupuloso y, de acuerdo con ello, se le aumenta el

sueldo o se le despide; no se esperan miles de años.

De la misma manera, sería demasiado complicado esperar millones de años para juzgar a los hombres; y además, sería incluso inútil para la educación de estos pobres hijos de Dios, porque se les dejaría acumular tantas deudas, tantas faltas y crímenes, que les sería imposible reparar o mejorar algo. En realidad, el Juicio final existe para cada uno y bajo diversas formas. Cuando un hombre muere, se trata de un Juicio final. Han juzgado, arriba, que ha vivido suficientemente, que ha terminado su trabajo, que ya no se le necesita, y entonces, ¡no le queda otro remedio que hacer sus maletas! Y cuando está enfermo, también se trata de un Juicio final, para una semana o un mes... Los jueces han venido, han estudiado la situación y le obligan a guardar cama durante algún tiempo para que elimine ciertas impurezas.

Se precisaría de una eternidad para liquidar las deudas que se han contraído durante una eternidad. Por tanto, para ayudarlos, la Inteligencia cósmica siempre tiene una pequeña prueba que presentarlos. Este es el Juicio final. Desde luego, no es absolutamente el último; digamos que es el penúltimo, siempre es el penúltimo. Cada vez que tenéis una enfermedad, un fracaso, sufrimientos, es que la ley ha juzgado que habéis comido demasiado, dormido demasiado, trabajado demasiado... o demasiado poco, o bien que habéis transgredido otras leyes. Ved que en todos estos juicios hay una inteligencia, un amor, una pedagogía. Mientras que el otro Juicio final es estúpido, inverosímil, y no puedo aceptado, porque sé que, por el contrario, todo lo que Dios hace es de una inteligencia y de una utilidad inauditas. No esperéis, por tanto, un Juicio final; continuamente somos juzgados sin que ni tan siquiera nos demos cuenta.

Y ahora debéis saber que tampoco la muerte es un juicio absoluto. No os imaginéis que una vez muertos vais a permanecer en la tumba esperando y pudriéndoos. No, no, lo que se pudre son vuestras vestiduras, es decir, vuestro cuerpo, pero vosotros mismos, es decir, vuestro espíritu, volverá a la tierra pasado un cierto tiempo. Tomaréis otro cuerpo, porque la vida continúa. Cada nueva existencia es el resultado del juicio que ha sido emitido sobre vuestra existencia precedente. Diréis: «Entonces, ¿qué es la resurrección?» La resurrección es una cosa muy distinta de lo que piensan los cristianos.

Nunca resucitará nadie para ser juzgado, porque no hay resurrección de los muertos. Los muertos no resucitan, para ellos todo se acabó. Son los vivos los que resucitan. Las almas que han dejado sus vestiduras, que están vivas, ellas sí que pueden resucitar, pero no los cuerpos físicos o Dios no es Dios de muertos, Dios es Dios de vivos. El cuerpo que ya está muerto no resucitará. Es el alma la que resucitará. Y, ¿cuándo? Todo está explicado aquí, en el pasaje que acabo de leeros; pero hay que comprenderlo y saber relacionar las cosas entre sí.

En este pasaje Jesús dice: «Porque cuando resuciten, los hombres no tomarán mujer ni las mujeres marido, sino que serán como los ángeles que están en los cielos». Y, ¿dónde han podido evolucionar los humanos de manera tan formidable para llegar a ser como ángeles? No en la tumba, en todo caso. En la tumba no hay evolución, no se cambia. Por tanto los hombres no van a resucitar, semejantes a los ángeles, después de haber permanecido miles de años en una tumba. ¿Cómo podrían hacerlo? Y, de todas maneras, si ya se han convertido en ángeles, ¿por qué juzgarles? No se juzga a los ángeles. Hay que comprender que entre la muerte y la resurrección hay todo un intervalo de tiempo durante el cual los humanos pueden transformarse y evolucionar. Sí, porque se reencarnan. Numerosas veces se irán, volverán, se irán de nuevo... y llegarán a perfeccionarse tanto que se convertirán en ángeles. Y esto es la resurrección.

Todos los hombres están predestinados, pues, a resucitar un día y a llegar a ser, como los ángeles, totalmente puros. Pero esta resurrección presupone la reencarnación. Querer ahora convencerme que es en la tumba donde los hombres se convertirán en ángeles... ¡jamás! Saldrán de allí, se reencarnarán, aprenderán y se purificarán, hasta llegar a ser perfectos. Esta mejora, que poco a poco les conducirá a la perfección, es la resurrección. Todas las criaturas resucitarán un día de esta manera, pero no los muertos... Únicamente los vivos resucitarán.

Escuchad y tratad de comprenderme. Cuando Jesús respondió: «¿No estaréis errados al no entender ni las Escrituras ni el poder de Dios?», ¿qué quería decir? ¿Cuál es este poder de Dios?.. El poder de Dios es, precisamente, el que lleva a los hombres hasta la resurrección. El poder de Dios es el poder que transforma, que sublima. Sí, pero no se encuentra en las tumbas. En la tumba no hay resurrección sino, por el contrario, desmembramiento, desintegración. Dios sólo transforma a los vivos. Por otra parte, en otra página, Jesús dijo: «Deja que los muertos entierren a sus muertos, y tú, que estás vivo, ¡sígueme!»

La reencarnación no está claramente mencionada en el pasaje que os he leído, pero se sobreentiende. Porque si yo pregunto: «Pero, ¿qué ha sucedido entre el entierro de un hombre y su transformación angélica?», nadie podrá responderme. Necesariamente hay que admitir que ha ocurrido algo para que el hombre llegue a una tal transformación, pero no se sabe qué. Y por eso la enseñanza de la Iglesia es ineficaz e incapaz de traer el Reino de Dios a la tierra: porque el Reino de Dios no puede venir con mentiras. La Iglesia debe empezar por revelar la reencarnación. Diréis: «Pero, no está mencionada en los Evangelios». Sí, os he mostrado que, en determinados lugares, está mencionada.

En el Evangelio de san Mateo, en el capítulo XI, Jesús dice a propósito de Juan Bautista: «y él, si queréis creerme, él es este Elías que debe volver. ¡El que tenga oídos que oiga!» Y en el capítulo XVII, cuando sus discípulos le preguntan: «¿Qué dicen, pues, los escribas? ¿que Elías debe venir primero?» Jesús responde: «Sí, Elías debe venir y poner todo en orden. Pero yo os digo: Elías ha venido ya, y no le han reconocido, sino que le han tratado de cualquier modo. Y, de la misma manera, el Hijo del Hombre tendrá que padecer por causa de ellos». Entonces, añade el evangelista, los discípulos comprendieron que estas palabras se referían a Juan Bautista. Sí, ¿por qué le cortaron la cabeza a Juan Bautista? Porque, cuando era el profeta Elías, había hecho cortar la cabeza a cuatrocientos profetas de Baal. Más tarde, cuando le arrestaron, Jesús dijo a Pedro: «Vuelve la espada a la vaina, Pedro. Porque el que saca la espada perecerá por la espada». Aún puedo citaros otros pasajes que mencionan la reencarnación.*

«Cuando resuciten, dice Jesús, los hombres no tomarán mujer ni las mujeres marido». Os habéis casado con tal mujer o tal marido en una encarnación, y luego, en las siguientes, os habéis casado con otras o con otros. ¡Es inútil buscar ahora el marido o la mujer que tuvisteis hace miles de años, cuando después habéis tenido tantos otros! No vale la pena de buscarlos y encontrarlos, nadie pertenece a nadie. Aquí no se dice, pero se presupone. ¡Cuántas veces se ha casado cada persona! ¿Qué derechos, pues, iba a tener sobre otra? Cada hombre ha tenido cantidad de mujeres y cada mujer cantidad de maridos, y el día en que, cansados de hacer experiencias costosas y deplorables, se digan: «Se acabó, ya no queremos casarnos más de esta manera», evolucionarán tanto en su concepción del amor que se convertirán en ángeles.

Y, cómo son los ángeles? ¿Qué hacen? Cuando dos ángeles se encuentran, se fusionan con sus rayos de luz y de colores, y se produce entre ellos un extraordinario intercambio amoroso... Después se alejan y se van a abrazar de la misma forma a otros ángeles. Los encuentros entre ángeles siempre son así, y no conocen la vergüenza. No hay entre los ángeles mujeres que esperen con un rodillo a sus maridos refunfuñando : «Este no ha vuelto aún. ¿Con qué mujer estará esta vez? ¡La de palos que va a recibir cuando vuelva!» Los ángeles sólo hacen intercambios de amor, sin celos, sin avidez... ¡Ved, entonces lo que os espera, mis queridos hermanos y hermanas, cuando seáis como ángeles! Porque, lo sé, los hombres desean ardientemente amar a todas las mujeres y las mujeres amar a todos los hombres. Y aunque digáis: «No, no, esto no es cierto. ¡Vaya una acusación!» , no os voy a creer. Dejad un poco de libertad a los hombres y a las mujeres y veréis si se contentan con una sola mujer o con un solo hombre. Pero, dado su grado actual de evolución, más vale que eviten multiplicar las experiencias, porque si no, pronto estarían enfermos y desequilibrados. Es preferible esperar. Os aconsejo esperar, ¡y durante mucho tiempo! No sabéis las alegrías que Dios os prepara, pero no de inmediato, porque, por el

* Ver el tomo XII de las Obras Completas, capítulo VIII.

momento, vuestro estado ¿no es todavía muy presentable que digamos! Hay que esperar la transformación, la resurrección. Sólo cuando seáis como ángeles podréis acercaros sin temor los unos a los otros para abrazaros y fusionaros.

Pero volvamos a la resurrección, Jesús dijo: «Yo soy la resurrección y la vida». El hecho de la resurrección de Jesús significa que nosotros también podemos acelerar este proceso de resurrección que debe producirse un día para toda la humanidad. Pero para eso hay que trabajar sobre nuestros pensamientos, nuestros sentimientos y nuestros actos, a fin de mejorarlos. La resurrección fue enseñada siempre en los templos iniciáticos, y muchos seres han resucitado ya. Porque no es necesario morir físicamente para resucitar, no es necesario haber estado primero en la tumba. Resucitar quiere decir no tener las mismas debilidades, los mismos vicios, las mismas enfermedades. Para que un ser resucite es preciso que sus células sean de una pureza perfecta y que vibren intensamente. Todos aquellos que viven una vida espiritual muy intensa se preparan para resucitar.

Para haceros comprender mejor este fenómeno de la resurrección, os daré una imagen, la de la semilla. Una semilla que ha sido plantada en tierra, es exactamente comparable a una criatura que ha sido enterrada. Y cuando llega el Ángel del calor, la despierta, la acaricia y le dice: «¡Vamos! ¡Ahora, sal de tu tumba!» Y he ahí que esta vida que estaba sepultada empieza a animarse: un pequeño tallo divide la semilla en dos partes y sale de la tierra dando nacimiento a un brote que un día se convertirá en un árbol formidable. La resurrección es esto. Pero para resucitar hay que abrir las tumbas, y únicamente el calor abre las tumbas. Calor quiere decir amor. Aquél que tiene mucho amor en su corazón, pero un amor desinteresado, espiritual, diáfano, abre la tumba de sus células. ¡Hay tantas células en el hombre que están fermentando y disgregándose! ¡Si supieseis cuántas tumbas lleváis dentro cada uno de vosotros! Miles de pequeñas tumbas que tenéis que abrir. Hasta que no han sido reanimadas, estas células permanecen inactivas, y no podéis saber todas las riquezas interiores que poseéis. Pero después de esta resurrección, después de este despertar de vuestras células, vuestra conciencia se dilata y ya no sois los mismos: en todo lo que sentís, en todo lo que vivís, os movéis en otra dirección más espiritual. Esta renovación sólo es posible gracias al calor y gracias a la humedad, al agua. Porque el agua es la sustancia que sirve de vehículo a la vida. El calor da el impulso, mientras que el agua da la vida.

Tenemos pues, una vez más, un ejemplo de la acción de los dos principios masculino y femenino que trabajan juntos, zarandeando a la semilla para que despierte de su sueño: entonces, se abre la tumba y Cristo, es decir, esta pequeña alma, esta criatura que estaba muerta en apariencia pero que en realidad dormitaba, surge. Este es un fenómeno que se observa un poco por todas partes en la naturaleza. Esta imagen de la tumba abierta de la que sale Jesús resucitado es un símbolo universal, no se limita a Jesús o a los cristianos. Una semilla, una semilla pequeñita, es también una tumba donde la vida permanece enterrada hasta el momento en que el Ángel de la primavera viene a despertarla para hacerla brotar. Y el pollito encerrado en el huevo, ¿cómo podría salir si la mamá gallina no rompiese la cáscara con su pico para abrir esta tumba?.. ¿Por qué creéis, si no, que existe la costumbre de regalar huevos de Pascua? Porque el huevo, precisamente, simboliza el nacimiento de la vida.

Puedo daros otra imagen todavía: la dé la mariposa. ¿Qué es una mariposa? Es una criatura que ha resucitado. Al principio era una oruga sin gracia ni belleza; después, un día, esta oruga tejó su capullo, se durmió, y al cabo de un cierto tiempo salió una mariposa. ¿Qué sucedió, pues, durante el sueño de la crisálida? .Si se transformó en mariposa se debe a que ya había desencadenado dentro de sí un cierto número de procesos que desembocaron en esta metamorfosis. Pues bien, los mismos fenómenos se producen en el discípulo: de momento es una oruga, es decir, una criatura no demasiado hermosa, que se arrastra por el suelo y, sobre todo, que come las hojas de los árboles. Es, por tanto, perjudicial; y es perseguida, la pobre, hasta que un día se transforma en mariposa.

La naturaleza ha puesto signos por todas partes, indicios para instruirnos, para enseñarnos cómo

puede producirse la resurrección en nosotros. Cuando meditáis, ¿qué hacéis? Sois como una crisálida encerrada en su capullo que está preparando su metamorfosis. Si no os habéis convertido aún en mariposas, es que vuestro trabajo no es suficiente todavía: habéis vuelto a vuestros asuntos como la oruga que se arrastra y come hojas... Al día siguiente, os encerráis otra vez en vuestro capullo y tejéis algunos hilos espirituales, pero nuevamente vuestros asuntos os reclaman y de nuevo interrumpís el trabajo..., al día siguiente lo reanudáis..., y así sucesivamente, ¡hasta el día en que, por fin, saldréis del capullo semejantes a una mariposa! Entonces no tendréis ya necesidad de destruir las hojas: os alimentaréis del néctar de las flores, es decir, de lo más sutil del corazón y del alma de todas las mujeres y de todos los hombres, sin comerlos ni lastimarlos. Porque todos los seres poseen dentro de sí algo que es delicioso, un poco de néctar... y si podéis extraer este néctar, sois felices, voláis en medio de la luz.

La resurrección es posible, es real, muchos han resucitado ya, y todos resucitarán. Pero hay que comprender, simplemente, que esta resurrección no se produce en las tumbas. Una vez en la tierra, se acabó, allí os quedáis... o más bien es vuestro cuerpo el que allí se queda y se descompone. Pero vosotros, para resucitar, tenéis que volver a la tierra, aprender, abandonar todas vuestras debilidades, encerraros como una crisálida en vuestro capullo, es decir, renunciar a alimentaros de pensamientos y de sentimientos egoístas, interesados. El sentido de la oración, de la meditación, es, precisamente, el de enseñar al hombre a alimentarse de elementos de naturaleza espiritual. Aquellos que no lo han comprendido y que se sienten atraídos exclusivamente por los placeres, las diversiones y las ocupaciones prosaicas, descuidan la oración y la meditación; y es una lástima para ellos porque interrumpen su trabajo de transformación, de resurrección. Yo lo he observado: la gente se transforma al meditar. Lo he observado en mí mismo y en los demás. En una verdadera meditación, el rostro se ilumina. Cada meditación debe hacer aumentar la luz en vosotros. Gracias a esta luz, que entra en la construcción de vuestro cuerpo de gloria, un día resucitaréis.

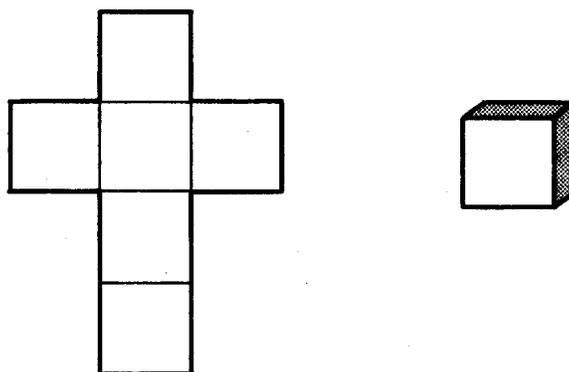
El que ha resucitado vive una vida nueva; tiene otros pensamientos, otros deseos, otro comportamiento. Interiormente ya no es el mismo, ya no camina en la misma dirección, tiene otra meta, Jesús dijo: «Yo soy la resurrección y la vida». ¿Por qué no dijo sólo: «Yo soy la resurrección?» ¿Por qué añadió «la vida»? ¿Acaso la vida es diferente de la resurrección? No. Y cuando Jesús dice: «Yo soy la resurrección y la vida», ello significa que la resurrección no es sino una vida renovada, una calidad de vida más pura, más intensa. Cuando el hombre viva esta vida superior, resucitará.

La resurrección no es sino una calidad de vida, una vida de hijo de Dios. No hay que esperar siglos para vivir esta vida... Cristo es la resurrección y la vida; tomad, pues, a Cristo como modelo, aferraos a él, vivid la vida que él vivió, y también vosotros seréis la resurrección y la vida. He ahí las nuevas nociones que yo os doy. Estas nociones son las únicas capaces de haceros salir de las tumbas. Sí, porque ahora es cuando estáis en las tumbas... Y si esperáis para salir de ellas a que suenen las trompetas, ¡podéis estar esperando durante siglos y milenios!

Así pues, cuando Jesús dice: «No habéis comprendido el poder de Dios», se refiere a este poder que es capaz de transformar la oruga en mariposa. ¡Si creéis que la oruga es tan sabia como para elaborar unos colores tan bellos!... No, es el poder divino que se pone a trabajar dentro de ella. También nosotros tenemos dentro este poder de Dios. Abandonémonos a él y él sabrá cómo hacemos luminosos y poderosos, él sabrá cómo hacemos resucitar.

Ved que este pasaje del Evangelio de san Marcos que os he leído contiene indicaciones que permiten descubrir cómo comprendía Jesús la resurrección. Ahora encontraré otra indicación en la formación de la palabra «resurrección» en ruso y en búlgaro. En búlgaro, se dice «*veuzkressenié*» y en ruso «*voskressenié*». Lo que significa literalmente: salir de la cruz. Y, ¿qué es la cruz? La cruz puede ser comprendida en los tres mundos. Hace años pronuncié varias conferencias sobre la cruz y no voy a

repetirlo nuevamente. Cuando se dibuja una cruz en dos dimensiones, se observa que está hecha de seis superficies, y cuando se pliegan estas seis superficies, forman un cubo.



El cubo simboliza la prisión, la materia; es el número 4, los cuatro estados de la materia. Por tanto, resucitar significa liberarse de esta dependencia, de esta esclavitud, de esta prisión de la materia, del cuerpo físico, ya que el cuerpo físico es también una cruz. Ved qué luz nos viene tan sólo de esta palabra: «*veuzkressenié*». Cuando se dice «llevar su cruz» quiere decir llevar sus dificultades, sus cargas físicas y morales. La cruz es pesada y cuando el hombre sale de la cruz, sale de la prisión, sale de la tumba, es decir, de todo lo que le limita interiormente, y se vuelve libre, libre como la mariposa.

La resurrección es, pues, un fenómeno bien real; pero no hay resurrección de los muertos, no hay más resurrección que la de los vivos; y son incluso los más vivos los que resucitan, aquellos que viven una vida más intensa, más divina, más crística. Todos resucitarán, y algunos mucho más rápidamente que otros, pero siempre que se preparen para ello. Nos preparamos a lo largo de nuestras sucesivas reencarnaciones, y, aquél que haga grandes esfuerzos para purificarse en esta encarnación puede, incluso, que no se reencarne más. Algunos grandes Iniciados ya no se reencarnan; se van de este mundo y no vuelven más para tomar cuerpo. Sus espíritus pueden volver e introducirse y vivir en ciertos seres para ayudarles, instruirles y animarles, pero ya no toman cuerpo físico.

Si no se interpreta este pasaje del Evangelio de san Marcos como acabo o hacerlo, la resurrección y el Juicio final son cuestiones absolutamente indescifrables e incomprensibles. No puede haber un Juicio final tal como mucha gente se lo imagina, con todos los hombres saliendo de las tumbas para ser juzgados, no; continuamente somos juzgados: cada prueba, cada sufrimiento, cada tormento, son ya una prueba de que el juicio ha tenido lugar, y de que se está pagando. Cuando ya no tenéis nada que pagar, dejáis de sufrir.

Releed de nuevo este pasaje y comprenderéis mejor lo que había en el pensamiento de Jesús cuando respondió a los Saduceos. Veréis claramente el plan de Dios, cómo se desarrolla, y cómo podéis resucitar. Las interpretaciones de la resurrección que da la Iglesia carecen de sensatez y de lógica: nos presentan al Señor como un monstruo de estupidez; y este Juicio final ¡es tan absurdo también!... Tranquilizaos, pues el Juicio final no tendrá lugar. Sí, pero, a pesar de vuestra tranquilidad, sabed que otro Juicio os espera a cada momento... Si os pica una pulga, por ejemplo, se trata ya de un juicio. «¿Cómo? diréis, ¿Acaso soy juzgado por una picadura de pulga?» Desde luego. Si os pica es después de madura reflexión: ha encontrado ciertas impurezas en vuestra sangre y os quiere decir que debéis mejorar vuestra forma de vivir; si purificáis vuestra sangre no atraeréis más pulgas.

¡Tantos hechos de la vida cotidiana pueden ayudarnos a comprender lo que son la resurrección y el Juicio final! Os encontráis con alguien que tiene una gran mancha azul, casi negra, sobre la pierna: «¿Qué te ha pasado amigo? -Me he dado un golpe». Pues bien, todo lo que acabo de explicaros puede resumirse en eso. Cuando nos hacemos un cardenal, algunas células mueren, y después, al cabo de algún tiempo, la piel vuelve a ser clara, la mancha ha desaparecido... No se trata de que las antiguas

células hayan resucitado, sino de que nuevas células han ocupado su sitio. Las antiguas células han sido reemplazadas por las nuevas, que han producido esta mejora, y de nuevo andamos sin sufrir. ¡Este es el mecanismo de la resurrección!

Y lo mismo ocurre para el resto del organismo. Mucha gente tiene en su organismo células que están ya muertas y que no son reemplazadas por nuevas células. Poco a poco el número de estas células aumenta hasta invadir el organismo entero, y la persona se muere. Otros, cuando mueren, poseen aún numerosas células vivas que los médicos tratan de recuperar para hacer trasplantes de órganos. Esta es la realidad: algunos vivos están ya casi muertos porque llevan en su organismo demasiados cadáveres, demasiadas células que comienzan a pudrirse y que no pueden ser reemplazadas por otras nuevas, mientras que otras personas, que mueren de accidente, por ejemplo, tienen casi todas sus células vivas todavía. En el campo espiritual se produce el mismo fenómeno; sólo que ahí no se trata de células sino de entidades.

Al igual que el cuerpo físico del hombre está constituido por miles y miles de millones de células, su ser espiritual está, también, constituido por una multitud de entidades. Y ahí también sucede a menudo que las entidades mueren, o bien que el hombre está habitado por entidades tenebrosas y malhechoras que debe también reemplazar por entidades luminosas y puras. ¡La resurrección no es otra cosa que esta sustitución! Sin ser definitiva ni completa esta resurrección ha comenzado para algunos. Deben continuar, proseguir su trabajo de sustitución, y un día la resurrección se producirá de golpe. Esto es lo que dice san Pablo: «... en un instante, en un abrir y cerrar de ojos, al son de la trompeta final - porque la trompeta sonará - los muertos resucitarán incorruptibles, y nosotros seremos transformados».

En realidad, no es así, la resurrección no se produce en un abrir y cerrar de ojos. Hay que comprender. Y aquí es la química la que nos va a ayudar. Tenéis un ácido, derramáis sobre él unas gotas de tornasol: el líquido es rojo. Le echáis ahora una solución básica, gota tras gota. Al principio no veis ninguna transformación, pero continuáis echándole gotas, y, de repente, ¡el líquido rojo se transforma en azul!... Pues bien, esto es la resurrección: el rojo transformado en azul; el rojo, el viejo Adán, que resucita en Cristo, el azul del cielo. Durante mucho tiempo vertéis gota tras gota y la última gota lo transforma todo de golpe: ¡resucitáis! Esta resurrección, pues, había comenzado ya desde hacía tiempo, pero no nos apercebíamos de cambio visible alguno... hasta el último segundo. Las palabras de san Pablo son verídicas, pero hace falta explicarlas.

Ahora está claro: la resurrección no se produce de golpe, sino que es necesario hacer un largo trabajo preliminar, y la última gota es la que lo transforma todo. Y, ¿por qué hay que esperar a la última gota? Es este un misterio que ni siquiera los químicos pueden explicar.

Muchos de vosotros han comenzado ya a resucitar, es decir, a reemplazar dentro de sí algunas entidades egoístas, tenebrosas, violentas, por entidades luminosas y llenas de amor; pero se quejan de que no ven ningún cambio, continúan sintiéndose los mismos de siempre. Deben ser pacientes, esperar a la última gota. ¡La última gota, he ahí las trompetas!... Pero las trompetas no pueden resucitar a los muertos si los muertos no han hecho ya un trabajo sobre sí mismos. Ninguna trompeta puede resucitar a un muerto. Probadlo, llevaos una trompeta a un cementerio y, ¡venga! ¡dadle a la trompeta todo lo que queráis! Nadie saldrá... salvo quizá algún vagabundo que se haya instalado allí para pasar la noche y que aparecerá ante vosotros, ¡hirsuto... y resucitado!

¡Veis, pues, cuántos ejemplos en la naturaleza nos muestran la realidad de la resurrección! Y hasta os diré que la solución de los mayores problemas inicáticos la encuentro a menudo en las orugas, los topos, las pulgas o los chinches. Sí, la solución de los mayores problemas la encuentro ahí. Estáis asombrados, os preguntáis: «¿En los chinches? ¿en las pulgas?, pero, ¿qué es lo que encuentra Vd. ahí? - Todas las leyes de la medicina, y que la medicina no ha descubierto aún, me las han revelado las pulgas y los chinches. - ¡Oh! ¿Toma Vd. a las pulgas y a los chinches por maestros e instructores? - Y, ¿porqué no? - Y, ¿no tiene otros? ¿no acude a los grandes personajes para recibir instrucción? - No, me

extraviarían. Prefiero estudiar a estos bichejos: son mucho más verídicos.

Y, ¿queréis saber ahora qué revelaciones me han hecho los chinches? He comprendido que estaban dirigidos por el mismo instinto que los radiestesistas. Por ejemplo, si un chinche llega a un lugar en donde duerme junta mucha gente, saca su péndulo y dice: «No, éste no, es demasiado duro... Este tampoco, no parece demasiado apetitoso... ¡Ah! Este sí, vamos a comerlo...»y después de haber calculado geoméricamente todas las distancias desde el techo, cae exactamente sobre él y empieza su festín, mientras que las demás personas, a su lado, continúan durmiendo, sin ser visitadas ni picadas.

Así me han hecho comprender los chinches muchas leyes y me han revelado los principios de la enfermedad. Me han enseñado que la enfermedad no es otra cosa que una acumulación de ciertos materiales muy apetitosos para ciertos microbios o para ciertas entidades, y que si el hombre posee en abundancia estos materiales, dichos microbios y entidades acuden a él para darse un festín. ¿Y para la curación? Pues bien, debe suprimir todos estos alimentos malsanos: los microbios se mueren entonces de hambre y él está curado. También he observado a las hormigas, a las avispas, a todos los pequeños insectos, y he visto que cuando se dejan por algún lado desperdicios, desechos, los sienten desde lejos y acuden, para comerlos. Pero en cuanto se limpia, se van, porque se quedan sin comida. Este es el gran secreto; no deis comida alguna a las entidades, es decir, no dejéis impurezas, ¡y no os visitarán! ¿ En qué libro de medicina encontraréis esto? En ninguno. Por cierto, yo nunca leo libros de medicina.

¿La resurrección física... la muerte y la resurrección físicas?.. No, mis queridos hermanos y hermanas, la resurrección espiritual es la que nos interesa, porque no habrá resurrección física. Para los que están muertos, se acabó, acabo de decíroslo, pero los que están vivos tienen su alma viva, y para ellos habrá resurrección, porque Dios es Dios de vivos.

VI

EL CUERPO DE RESURRECCIÓN

Para completar lo que ya os he dicho sobre la resurrección, quisiera hablaros del cuerpo de gloria, gracias al cual el hombre puede resucitar. Pero, para mayor claridad debo daros, para empezar, algunas explicaciones sobre el cuerpo etérico.

Cuando os mostré las correspondencias que existen entre los diferentes reinos de la naturaleza y los cuerpos sutiles del hombre (cuerpos etérico, astral, mental, causal, búdico y átmico), os expliqué que el agua, los árboles y toda la vegetación, presentan correspondencias con el cuerpo etérico. Al igual que las plantas, que están enraizadas en el suelo pero que, al mismo tiempo, se comunican con el cielo, el doble etérico está enraizado en el cuerpo físico y, a la vez, en comunicación con los cuerpos superiores. Sin la vegetación la vida no sería posible. La vegetación y el agua son indispensables para que exista vida sobre la tierra, y se corresponden con el doble etérico que tiene dos misiones que cumplir: asegurar la vida del organismo y darle sensibilidad. Lo mismo que el agua da la vida a las plantas, el cuerpo etérico da la vida al cuerpo físico. Privad de agua a la tierra y la vida desaparecerá de ella; separad el doble etérico de un hombre y éste morirá. La vida está ligada al cuerpo etérico, y el hombre puede prolongar su existencia si sabe cómo trabajar sobre este cuerpo.

La vegetación hace un gran trabajo sobre la tierra. La tierra tiene necesidad de ser removida, transformada, y son las plantas las que se han encargado de esta tarea. ¿Quién hubiera aceptado ocuparse de la tierra? Los animales, no. Los animales son egoístas y se contentan con comer una materia ya elaborada. Los primeros obreros, los más tenaces y los más abnegados, son las plantas. Han tomado una forma y una actitud llena de humildad, y se han puesto a trabajar por todas partes para transformar la tierra. Crecen incluso en los sitios donde no se encuentran ni hombres ni animales; por todas partes veréis a las plantas poblar la tierra.

El deseo de las plantas... evidentemente no se trata de un deseo consciente, sino más bien de una

tendencia secreta que la Inteligencia cósmica ha puesto en ellas - decía, pues, que el deseo de las plantas es no dejar ni un átomo de tierra sin vivificar. Y, ¿cómo lo consiguen? Conectándose con el cielo. El árbol comulga con el cielo mediante la extremidad de sus ramas y a través de sus hojas y, al mismo tiempo, se hunde muy profundamente en la tierra con sus raíces. Las extremidades de las ramas y las raíces son las partes más importantes del árbol, el cual recibe la energía a través de estos dos polos. ¡Si pudieseis sentir con qué tenacidad y con qué perseverancia lo hace! Todas sus ramas son antenas que se esfuerzan día y noche en captar las energías de la atmósfera, y la savia transporta estas energías hasta las raíces, en donde se realiza el gran trabajo de transformación de la tierra. La tierra es inerte, pasiva, pero está llena de sustancias, de elementos y de fuerzas que no puede manifestar si no es a través de las plantas. Las plantas son, pues, como alquimistas: se extienden por toda la superficie de la tierra a fin de extraer los materiales que ésta contiene para dados, a continuación, bajo la forma de flores y de frutos.

Como la vegetación, el doble etérico penetra en el cuerpo físico, pero posee, al mismo tiempo, ramificaciones en las regiones superiores para captar en ellas energías que introduce en el organismo. También vivifica la materia, haciendo aparecer en ella las cualidades ocultas. Es un intermediario entre el cuerpo físico y los cuerpos sutiles. La naturaleza del cuerpo etérico no es aún bien conocida y la medicina oficial no sabe que muchas anomalías físicas tienen por causa trastornos del cuerpo etérico. Hasta los espiritualistas lo consideran menos importante que los cuerpos astral y mental... Es cierto que no tiene el mismo poder que los otros cuerpos, pero es esencial para la vida. Y, ¿qué se puede hacer sin la vida? Es la base de todo.

Existen numerosos medios para reforzar el cuerpo etérico. Como es un cuerpo y al mismo tiempo un fluido, una energía, está conectado con todas las fuerzas de la naturaleza y es, por tanto, muy sensible al calor, a la luz, a la electricidad y al magnetismo. Si os exponéis a los rayos del sol consciente e inteligentemente, escogiendo el momento adecuado, si hacéis ejercicios de respiración, vuestro doble etérico se refuerza, se vivifica, se exalta, y conserva al cuerpo físico en buena salud.

Debéis aprender a trabajar sobre vuestro cuerpo etérico. Os he dado numerosos métodos: con el agua, con la tierra, con la llama de una vela, etc... Y si, por ejemplo, sentís un dolor, concentrad vuestro pensamiento en el cuerpo etérico, proyectadle todos los colores de la luz y él sabrá cómo poner remedio al mal; actuará sobre las células, pondrá en relación el cielo y la tierra, establecerá una comunicación como lo hacen las plantas, y la parte enferma será de nuevo vivificada.

Gracias al cuerpo etérico el cuerpo físico posee la vida y la sensibilidad. Está conectado con él mediante lo que se llama el cordón de plata. Este cordón tiene cuatro ramificaciones: la primera tiene un punto de conexión en el cerebro, la segunda en el corazón, la tercera en el plexo solar, y la cuarta en el hígado. Hay, pues, cuatro puntos o gérmenes: el germen del cuerpo físico, el germen del cuerpo etérico, el germen del cuerpo astral o cuerpo del deseo, y el germen del cuerpo mental. Cuando el hombre viene a encarnarse en la tierra, trae estos cuatro gérmenes que son unos átomos minúsculos en los cuales está inscrito y registrado todo lo que debe poseer en cuanto a caracteres físicos y psíquicos propios. Son los espíritus luminosos de lo alto, los Veinticuatro Ancianos, con sus servidores los Angeles, los que estudian todos los actos y la conducta del hombre a lo largo de sus vidas anteriores y le dan estos gérmenes en correspondencia exacta con lo que se merece; y todo está registrado en estos gérmenes.

Todos los cuerpos invisibles del hombre, los cuerpos etérico, astral y mental, se forman de la misma manera que se forma el cuerpo físico del niño en la matriz de la madre, de acuerdo con las mismas leyes. Cuando el padre ha depositado el germen, se lleva a cabo en el seno de la madre un trabajo inconsciente. Sin que ella se dé cuenta, las fuerzas de la naturaleza trabajan en su seno para aportarle los materiales cuya cantidad y cualidad correspondan exactamente al germen. Este germen es también comparable a las líneas de fuerza según las cuales, en el mundo material, las partículas se organizan para formar un cristal.

Hace ya tiempo os hablé de los experimentos de Chladni. Chladni es un físico y músico alemán del siglo dieciocho que estudió las vibraciones de los sólidos. Esparcía polvo o arena fina sobre una placa metálica y, a continuación, con un arco de violín, hacía vibrar la placa. Según la naturaleza del metal, su espesor, etc... las vibraciones producían figuras geométricas de todo tipo, simétricas o asimétricas. En efecto, las ondas vibratorias crean líneas de fuerza que atraen a las partículas y ciertos puntos en vibración, a los que se llama puntos vivos, rechazan las partículas hacia los puntos que no vibran, los puntos muertos. Por consiguiente el trazado de las figuras geométricas se efectúa alrededor de los puntos muertos.

Así es como se forma todo en la naturaleza. Cada semilla contiene ya unas líneas de fuerza determinadas y a partir del momento en que, regada por la lluvia y calentada por el sol, empieza a crecer, los elementos que la nutren comienzan a ordenarse de acuerdo con estas líneas de fuerza para formar el tallo, las ramas, las hojas y, más tarde, las flores y los frutos. En cierto sentido, algo así sucede en un transistor.

Hace años se hacían unos aparatos muy voluminosos y muy pesados, pero ahora algunos elementos que abultaban mucho han podido ser reemplazados por circuitos impresos. Cuanto más progresa la técnica, más utiliza materiales.

Ligeros, tenues y sutiles, que permiten reducir la dimensión de los objetos. Pues bien, si queréis, la semilla posee, también, un circuito impreso como el transistor...

Todo se construye y funciona de acuerdo con unas líneas de fuerza, incluso el destino. Hay unas líneas, unos puntos, y los acontecimientos se producen exactamente en función de estas líneas y de estos puntos. El germen es minúsculo, pero contiene toda una organización. ¡Plantadlo, regadlo, y veréis! La madre es el terreno, y cuando el germen está plantado, ella lo riega, lo calienta, hasta que un día se transforma en una planta, su hija. Las leyes son siempre las mismas.

En la Tabla de Esmeralda se dice: «Como es abajo es arriba, y como es arriba es abajo». La tierra posee, también, un cuerpo etérico, un cuerpo astral y un cuerpo mental, así como otros cuerpos superiores que mencionaré más adelante. El hombre está impregnado por todos los cuerpos, el etérico, el astral y el mental, la tierra, los planetas, el sistema solar, el sol y las estrellas, que le penetran, le nutren y le hacen crecer. Pero el hombre, que ha nacido en la tierra, no ha nacido aún en los demás planos y está conectado mediante varios cordones con las demás matrices, que actúan como madres una detrás de otra. Para nacer en un mundo hay que cortar el cordón umbilical y hacerse así independiente. El hombre es independiente aquí, en el plano físico, puesto que el cordón umbilical que le unía a su madre ha sido ya cortado; pero los cordones que le conectan con los demás planos no están cortados, y no ha nacido aún, es decir, todavía no es independiente en los planos astral, mental y espiritual.

Cuando va a nacer un niño, el germen mental que desciende debe formarse en un cuerpo, y el cuerpo mental cósmico le sirve de matriz; allí es donde se forma el cuerpo mental del hombre, pero para ello se requiere un cierto tiempo. A continuación, mucho más abajo, en el cuerpo astral cósmico se formará el cuerpo astral, y también ahí será necesario un cierto tiempo. Después le toca al cuerpo etérico y, finalmente, al cuerpo físico: y entonces el niño nace en la tierra.

Si tuviese que hablaros de todos los cuerpos, de los materiales de que están hechos, de su naturaleza, de sus funciones, de cómo se encajan y ajustan entre sí, tardaría demasiado. Hoy me detendré solamente en el cuerpo etérico porque es éste el que nos proporcionará información sobre el cuerpo de gloria, el cuerpo de resurrección.

El cuerpo etérico está hecho de una materia física, pero impalpable, invisible, sutil. Ya os lo dije: todavía no se conoce el mundo físico; la gente se imagina que éste se limita a los estados sólido, líquido, gaseoso e ígneo de la materia. No, éste no es más que su aspecto grosero, inferior. La materia es mucho más rica y sutil, ya que se prolonga en el plano etérico en el que volvemos a encontrar, de nuevo, cuatro divisiones.

El primer plano del cuerpo etérico se llama, en la Ciencia iniciática, éter químico; éste es el que

permite el crecimiento, la eliminación... Esta primera división corresponde a la tierra. El segundo plano, más sutil, corresponde al agua; se trata del éter vital. El éter vital permite la procreación y da la sensibilidad al cuerpo físico: sensibilidad a las heridas, a las quemaduras, etc...Luego, mucho más arriba, está el éter de luz. Este es el que mantiene el calor, la vitalidad, pero, sobre todo, es la sede de las percepciones. Finalmente, el cuarto plano, el éter reflector, es la sede de la memoria. Ahí, en esta capa, se graban todos los acontecimientos de la vida del hombre, sus pensamientos, sus sentimientos, sus actos. Ahí es donde se encuentra también el germen que reúne todas las facultades, todas las cualidades del cuerpo que se está formando.

Todo sucede exactamente como en el árbol. Cada árbol proviene de un germen y produce, a su vez, gérmenes, semillas, simientes. También el cuerpo etérico produce, obligatoriamente, por lo menos una semilla, en la que se condensan todas sus cualidades. Y es ahí, precisamente en este germen, donde va a formarse el cuerpo de gloria. Este germen, que es un átomo, se encuentra en el corazón, en la punta del ventrículo izquierdo, y graba los movimientos más insignificantes de la vida del hombre.

En realidad, todos los gérmenes de los diferentes cuerpos están conectados unos con otros: el germen físico, el germen etérico, el germen astral y el germen mental, porque se suceden y se comunican entre sí. Ved lo que sucede cuando tenéis tal o cual pensamiento: no permanece aislado en el cuerpo mental sino que se comunica con el plano del sentimiento, el mundo astral, en donde están las emociones, los deseos, las pasiones; después con el cuerpo etérico, y, finalmente, con el cuerpo físico, realizándose entonces el pensamiento. Todo está así coherentemente relacionado.

Evidentemente, estos cuatro cuerpos no son del mismo tamaño, ni tienen el mismo desarrollo, ni la misma resistencia. La prueba está en que algunos, que poseen unas facultades intelectuales formidables, tienen un corazón poco desarrollado: son, con frecuencia, egoístas, avaros, calculadores, interesados, y hasta a veces malos y crueles; mientras que otros, que tienen muy escasas facultades intelectuales, poseen una bondad y una generosidad extraordinarias. También los hay que son fuertes, activos, dinámicos, capaces de desenvolverse con maña, pero sus otros dos lados, intelecto y corazón, no están muy desarrollados.

Existe pues, realmente, una correspondencia, una comunicación entre estos cuatro cuerpos, físico, etérico astral y mental, pero a menudo no se encuentran en el mismo grado de desarrollo. Ello se explica por la vida que han llevado los seres en otras encarnaciones, pero también por las circunstancias que les empujaron a trabajar en tal nivel y a descuidar tal otro. No siempre los hombres han sido capaces de desarrollarse convenientemente en todos los niveles, en todas las regiones, y por eso presentan ahora una diversidad extraordinaria en su desarrollo y en sus manifestaciones.

Quisiera decir os ahora algunas palabras respecto a la forma en que están conectados con el cuerpo físico los diferentes cuerpos, etérico, astral y mental. El cuerpo etérico está conectado con el plexo solar y el bazo. Ambos, pues, el plexo solar y el bazo, son órganos importantes para el cuerpo etérico que capta, a través de ellos, las energías solares y las distribuye por todo el organismo.

Recordad que ya os hablé del plexo solar, subrayando su importancia para la vida. En ruso, esta región del vientre y del plexo solar se llama «*jivot*», y «*jivot*» en búlgaro, significa «vida». El estómago es el que envía a todo el cuerpo, e incluso al cerebro, las energías producidas por la alimentación, y el plexo solar hace el mismo trabajo en el plano etérico. El es el que restablece las funciones, repara los desórdenes y da energías al cerebro. Cuando vuestro cerebro esté bloqueado, dad unos masajes al plexo solar, y al poco rato sentiréis que se despeja.

Si el cuerpo etérico no existiese el hombre sería destruido por su cuerpo astral. El cuerpo etérico y el cuerpo astral están en perpetua lucha, ya que el cuerpo astral consume energías continuamente y agota al cuerpo físico con los sentimientos, las emociones y las pasiones que lo agitan. Pero, durante la noche, el cuerpo etérico se esfuerza por restablecerlo todo eliminando las impurezas. El cuerpo etérico, pues, nos protege; sin él, pronto estaríamos envenenados, porque el cuerpo astral está en conexión con el hígado en donde se depositan todos los venenos que luego serán eliminados. Sabéis que si el hígado

está enfermo, es debido, con frecuencia, a los apetitos inferiores, a los deseos y sentimientos desordenados, a la ansiedad... El hígado es una de las sedes del cuerpo astral; la otra se encuentra en los órganos sexuales. En cuanto al cuerpo mental, tiene su sede en el cerebro y en la médula espinal. El cuerpo etérico, el cuerpo astral y el cuerpo mental están, pues, cada uno, conectados al cuerpo físico por dos puntos: el cuerpo etérico por el plexo solar y el bazo; el cuerpo astral por el hígado y los órganos sexuales, y el cuerpo mental por el cerebro y la médula espinal.

Mirad ahora este esquema, muy simplificado, que os explicará la estructura del ser humano tal como los Iniciados lo han comprendido y analizado desde hace miles de años (fig. 1).

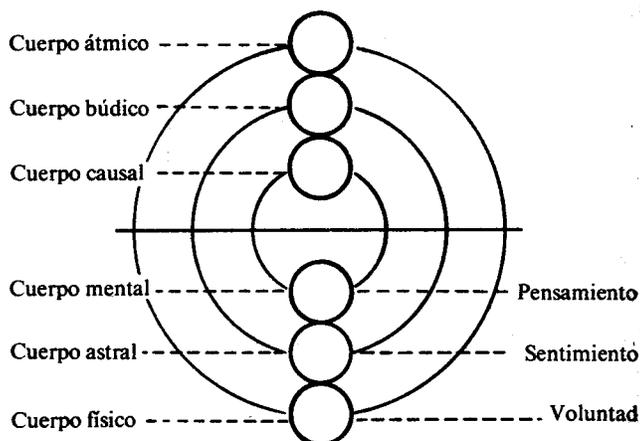


Fig. 1

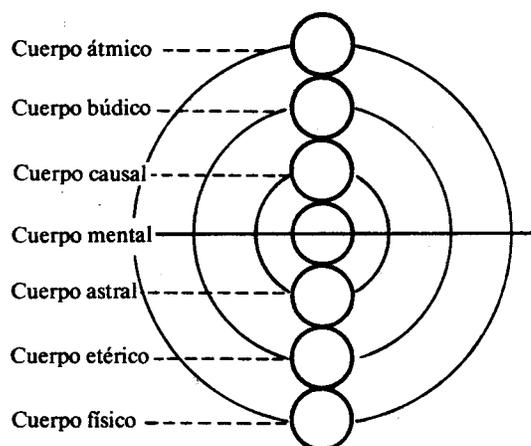


Fig. 2

Hay, pues, en total 6 divisiones. Algunos esoteristas ponen 7, porque colocan el cuerpo etérico entre el cuerpo físico y el cuerpo astral, y colocan el cuerpo mental como límite entre el mundo humano y el mundo divino (fig. 2).

Según las circunstancias me sirvo de uno u otro esquema. Puesto que el cuerpo etérico pertenece al cuerpo físico, no es necesario atribuirle siempre un lugar particular, y se tiene así: el cuerpo físico (que comprende el cuerpo etérico), el cuerpo astral, el cuerpo mental, el cuerpo causal, el cuerpo búdico y el cuerpo átomico.

Os expliqué en otra conferencia que lo que está más arriba, el mundo divino, está conectado con lo que está más abajo, el mundo físico: el cuerpo átomico está conectado con el cuerpo físico, el cuerpo búdico con el cuerpo astral, y el cuerpo causal con el cuerpo mental. Lo que está abajo es, pues, como

lo que está arriba, pero invertido. El cuerpo átomico es, en el registro superior, la repetición del cuerpo físico, el cuerpo búdico la repetición del cuerpo astral, y el cuerpo causal la del cuerpo mental. El hombre está hecho de tres principios: la voluntad, el sentimiento y el pensamiento, y, en el plano superior, el plano de los principios sublimes, piensa, siente y obra divinamente.

Tomemos ahora de nuevo la figura 2. Si damos un lugar particular al cuerpo etérico, vemos, estableciendo las mismas correspondencias, que el cuerpo etérico está conectado con el cuerpo búdico, y es ahí donde debemos buscar el cuerpo de resurrección, el cuerpo de gloria.

Pero aquí, es necesario que os dé algunas explicaciones. Los diferentes cuerpos del hombre no están separados unos de otros; en realidad están conectados y actúan los unos sobre los otros: el cuerpo mental, por ejemplo, actúa sobre el cuerpo astral, el cuerpo astral sobre el cuerpo físico... Acabo de hablaros de las conexiones que existen también entre los cuerpos superiores y los cuerpos inferiores; el cuerpo átomico y el cuerpo físico, el cuerpo búdico y el cuerpo astral, el cuerpo mental y el cuerpo causal. Existen, pues, dos clases de conexiones: las primeras ponen en relación los diferentes cuerpos tal como éstos se presentan verticalmente en el gráfico, y las segundas están indicadas por los círculos concéntricos.

Ahora comprenderéis mejor cómo está conectado el cuerpo búdico con el cuerpo etérico. Con las emociones y los sentimientos elevados del cuerpo búdico, el Iniciado actúa sobre su cuerpo astral purificándolo, y el cuerpo astral purificado actúa sobre el cuerpo etérico. Así pues, es fácil de comprender: el cuerpo búdico actúa sobre el cuerpo etérico por intermedio del cuerpo astral, y así, el cuerpo de gloria, que tiene su germen en el cuerpo etérico, se refuerza y crece (fig. 3).

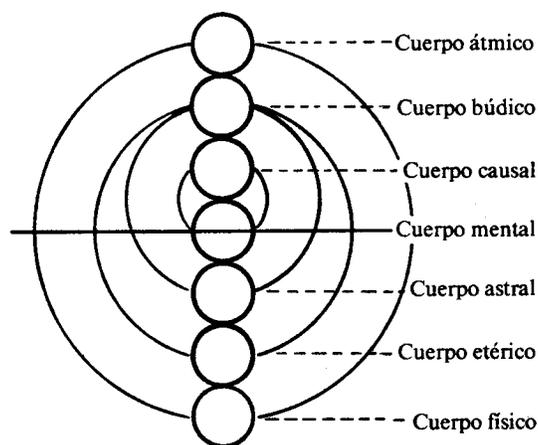


Fig. 3

Os dije hace un rato que el plano más sutil del cuerpo etérico se llama éter reflector y que es la sede de la memoria. Pero esta memoria tan sólo concierne al ser humano en particular; se trata de sus archivos personales. Para conocer los archivos del universo, hay que ir a buscar una memoria más elevada en el plano búdico, ya que es allí donde se graban los acontecimientos del universo.

El cuerpo búdico es el cuerpo del amor desinteresado, de la beatitud absoluta, de la pureza absoluta. Cristo y Buda han sido ejemplos perfectos de amor, de sacrificio, de pureza. Por eso el discípulo instruido en esta ciencia debe procurar desarrollar los sentimientos y los deseos más desinteresados, los más puros, para poder alimentar a su cuerpo etérico y a su cuerpo búdico. Los alimenta como alimenta la madre a su hijo: con su propia sangre.

Ya os expliqué este proceso cuando os hablé de la Navidad y del segundo nacimiento, porque, en realidad, el segundo nacimiento y la resurrección no son sino dos maneras diferentes de presentar la regeneración del hombre, su entrada en el mundo espiritual. Según la calidad de su propia sangre, la madre tiene un hijo sano o enfermo; de la misma manera, el ser humano forma sus cuerpos espirituales

con el alimento que les da. Con el trabajo desinteresado, el sacrificio, el amor divino, el hombre construye su cuerpo de gloria, lo amplifica en la luz y en la belleza, y, gracias a este cuerpo de gloria, resucita y se hace inmortal.

Así es como hay que comprender la resurrección de Jesús. Jesús, que poseía todos estos conocimientos, pudo alimentar tan divinamente a estos dos gérmenes del cuerpo etérico y del cuerpo búdico, con pensamientos y deseos siempre luminosos y puros (lo vemos en sus palabras y en su vida), que llegó a formar su cuerpo de gloria. Y cuando resucitó, no lo hizo con su cuerpo físico; salió de la tumba con su cuerpo etérico y su cuerpo búdico. Por eso dijo a María Magdalena: «¡No me toques!» No podía dejar que le tocasen antes de que su cuerpo se hubiese hecho más sólido, más material. Después, permitió que Tomás le tocara, pero antes no podía ser.

Por otra parte, si os acordáis, cuando Jesús se apareció a María Magdalena, al principio ella no pudo reconocerle, y ello tiene una explicación: como acabo de deciros, su cuerpo etérico no estaba todavía suficientemente materializado y no había tomado aún la apariencia y los rasgos de Jesús. Por eso pensó que se trataba del jardinero, sino, ¿cómo ella, que conocía tanto a Jesús, se habría equivocado de esta manera? Cuando llega a materializarse, el cuerpo etérico toma los mismos rasgos, la misma apariencia que el cuerpo físico, porque es la reproducción exacta de éste.

Ved que todo se explica: Jesús no resucitó con su cuerpo físico, no, sino que se apareció con su cuerpo etérico, su cuerpo de gloria, y sigue aún viviendo con este cuerpo de gloria, porque no ha abandonado la tierra.

Y aún, en el momento de la transfiguración, cuando se apareció con Moisés y Elías a sus discípulos Pedro, Santiago y Juan, era tan luminoso y radiante que estos no pudieron soportar tanta luz y cayeron con el rostro en tierra. Esta transfiguración era, también, una manifestación del cuerpo de gloria. No había llegado aún el momento de separarlo definitivamente del cuerpo físico, pero ya podía manifestarse. Independientemente de la forma en que los religiosos tratan de explicarla, en realidad, la transfiguración sólo puede explicarse por las vibraciones del cuerpo de gloria que habían alcanzado una intensidad tal que éste se había hecho belleza, luz y resplandor.

Y puesto que Jesús logró formar su cuerpo de gloria para resucitar, sus discípulos, si llegan a poseer los conocimientos necesarios y trabajan en el mismo sentido, pueden también llegar a formarlo. Todos los discípulos de Cristo pueden transfigurarse y resucitar, todo depende de la intensidad de su amor y de su fe. En primer lugar deben saber que hay unos gérmenes que alimentar. Pero, ¿cómo? Cuando tenéis momentos de vida espiritual muy intensa, éxtasis, cuando escucháis música, cuando os conmovéis ante un espectáculo de gran belleza, entonces alimentáis vuestro cuerpo de gloria, lo reforzáis. Estos sentimientos de amor y de admiración, estas emociones místicas, son los elementos gracias a los cuales lo alimentáis, exactamente de la misma manera que una mujer encinta alimenta a su hijo con su sangre, sus pensamientos y sus sentimientos.

Sólo podéis alimentar vuestro cuerpo de gloria con los elementos más puros y más luminosos ; por eso debéis estar atentos seleccionando y clasificando vuestros pensamientos y vuestros sentimientos. Y cuando lleguen momentos difíciles en los que os sintáis turbados, en los que experimentéis odio, celos, deseos de venganza, acordaos inmediatamente que vais a retrasar la formación de vuestro cuerpo de gloria y cambiad vuestro estado.

Algunas personas han podido ver el cuerpo de gloria de ciertos Iniciados cuando éstos tenían estados de arrobamiento y de éxtasis: su rostro resplandecía, la luz brotaba de todo su ser. Gracias a este cuerpo los Iniciados pueden viajar por el espacio, atravesar las montañas e incluso penetrar hasta el centro de la tierra, porque ningún obstáculo material lo detiene. Hasta puede actuar a distancia sobre las criaturas para ayudarlas. Sí, aunque vuestro cuerpo físico esté en muy mal estado podéis enviar ayuda, porque el cuerpo físico y el cuerpo de gloria son dos cosas totalmente diferentes. Podéis estar moribundos, pero vuestro cuerpo de gloria está ahí, vivo, radiante, y puede llegar a las criaturas a través del espacio. Incluso le es posible al hombre separarse de su cuerpo físico para vivir solamente con el

cuerpo de gloria, y vivir así eternamente. Mientras que con el cuerpo físico no hay nada que hacer: no se puede rejuvenecer, no se puede reforzar, envejece, se debilita y muere.

Únicamente el cuerpo de gloria es inmortal, porque los elementos de los que está hecho son de una materia incorruptible, no se descompone. En cuanto al cuerpo físico, no hay que contar demasiado con él. Actualmente se hace todo lo que se puede por el cuerpo físico, embelleciéndolo, flexibilizándolo, reforzándolo... Está bien, no hay que descuidar el cuerpo físico como hacían en el pasado algunos religiosos o ascetas. Pero un día el cuerpo físico muere, y el cuerpo de gloria empieza a manifestarse.

Ya os lo dije: lo que está muerto no resucita; lo que está vivo es lo que resucita. Ciertos muertos son resucitados, pero porque sólo estaban muertos en apariencia; en realidad, estaban en coma. Los que resucitan son los que no estaban muertos, es decir, aquellos cuyo cordón de plata no se había roto. Pero no se puede resucitar a nadie una vez que el cordón de plata se ha roto. Una vez que el alma se ha ido, es inútil representar comedias para hacerla volver. Sobre esta cuestión hay muchas historias falsas, inventadas por ignorantes.

Se habla de magos y de brujos que lograron resucitar a muertos. En realidad, no se trataba de verdaderas resurrecciones: mediante ciertos métodos que ellos conocían, estos brujos conseguían evocar a entidades terrestres o subterráneas que se introducían en el cuerpo del muerto para vivificarlo. No era el espíritu del muerto el que volvía, sino otras entidades que, mediante conjuros, lograban hacer entrar en este cuerpo y que permanecían en él durante algún tiempo. Todos los pretendidos resucitados no habían muerto en realidad, aunque se hubiera creído así porque su corazón ya no latía. La verdadera muerte no se produce cuando se para el corazón sino cuando éste ha perdido su calor. Dejar de respirar tampoco significa la muerte. Mientras el corazón conserva su calor el hombre puede volver a la vida mediante fricciones u otros cuidados, o incluso con los medios de la magia divina. Pero cuando el calor le abandona y se rompe el cordón de plata que conecta el cuerpo físico con el cuerpo etérico y el cuerpo astral, ya no se puede hacer nada por él.

Los grandes Iniciados nunca se han ocupado de resucitar cadáveres; son los nigromantes los que pretenden hacerlo, cuando, en realidad, no hacen más que atraer a otras entidades al presentarles elementos que les agradan: comida, sangre, etc... Ni siquiera Jesús resucitó a los muertos. Diréis: «¿Y Lázaro? Llevaba ya tres días muerto...» No, los demás le creían muerto, pero, en realidad, estaba todavía vivo. Ello no disminuye en nada, de todas formas, el mérito de Jesús, porque Lázaro habría muerto realmente si no hubiese venido Jesús a arrancarle de la tumba. En cuanto a lo que se dice de la muerte de Jesús, ¿es real?.. Pero no tocaré esta cuestión para no escandalizar las conciencias cristianas.

El muerto no resucita; es el vivo el que resucita, el que está vivo pero aletargado: como el árbol cuyas ramas mueren durante el invierno, como las semillas sepultadas en la tierra. En apariencia, la semilla muere antes de crecer, y por eso se dice: «Si no morís, no viviréis». Hay que morir permaneciendo vivos. La palabra «muerte» presupone, pues, otra forma de vida. Al decir: «Si no morís, no viviréis», Jesús quería significar: si hacéis morir vuestras tendencias egoístas, viviréis en el espíritu, en el esplendor. No se trata, pues, en realidad, de una verdadera muerte, porque el que está verdaderamente muerto, no resucita.

Hoy habréis comprendido que únicamente el cuerpo de gloria es inmortal. Jesús no resucitó con su cuerpo físico, y lo que los cristianos no saben es que aún está vivo, que no ha abandonado la tierra. Además, él mismo lo reveló cuando dijo: «Id, instruid a todas las naciones... Y yo estoy con vosotros, por siempre hasta el fin del mundo.» El cuerpo de gloria está en nosotros en forma de semilla, de germen. Y, ¿qué hacemos con una semilla? La plantamos, nos ocupamos de ella, la regamos, y así crece, se convierte en un árbol, es decir, en un cuerpo desarrollado, poderoso. Este cuerpo ya está ahí, contenido en la semilla, con todas sus posibilidades de desarrollo futuro: su tamaño, su belleza, sus frutos. Pero si no lo alimentamos con nuestro rocío, es decir, con nuestros pensamientos, con nuestros

sentimientos, nuestro calor y nuestra luz, entonces muere.

No creamos el cuerpo de gloria; cada ser lo posee originalmente en forma de un átomo, y el trabajo del discípulo consiste, precisamente, en darle calor, protegerlo y alimentarlo con sus pensamientos, sus sentimientos, sus anhelos, sus sacrificios. Cuando le da toda su sangre, toda su fuerza, el cuerpo de gloria se convierte en su propio cuerpo; abandona su cuerpo físico y se va por el espacio con su cuerpo luminoso, visitando las estrellas y todas sus criaturas.

Y esto es la resurrección: la vida intensa que el hombre ha logrado dar a su cuerpo de gloria con sus pensamientos, sus sentimientos y sus actos, que llevan el sello de la Divinidad, es decir, que están impregnados de altruismo, de abnegación y de sacrificio. Mientras que aquél que no hace nada por nadie será sepultado en la muerte, porque la muerte es, precisamente, la falta de amor. Todos los grandes Maestros han insistido en la necesidad de dar, de ser capaz de arrancar algo de sí mismo para el bien de los demás. El hombre sólo puede elevarse dando con la mayor luz y pureza. Por eso, en el pasado, estaba prescrito ofrecer a la Divinidad las primicias de las cosechas y de los rebaños: el primer trigo, la primera uva, los primeros corderitos, es decir, lo que de mejor y más puro poseía el hombre.

Y vosotros, como ya os dije, cuando experimentéis una alegría porque habéis contemplado algo hermoso, leído poemas o escuchado música, cuando todo vuestro ser se estremece y se expande, acordaos, entonces de consagrar estas partículas de gozo puro que brotan de vuestro ser para que vayan a alimentar vuestro cuerpo de gloria.

Sí, pensad en todos los medios que tenéis a vuestra disposición para acelerar este proceso. Porque se necesita, evidentemente, mucho tiempo para construir este cuerpo; ¡mirad cuántos años necesita una bellota para convertirse en un gran roble! Hay que dar, pues, al cuerpo de gloria un alimento más frecuente y abundante: eso quiere decir que debéis conformar vuestra vida de manera que tengáis las mejores condiciones para vivir la vida espiritual. ¿Comprendéis ahora por qué insisto siempre en la necesidad de no cortar la conexión con la Divinidad, de no dejar de dar, de irradiar, de proyectar lo mejor de vosotros mismos?

El cuerpo de gloria es, de momento, una pequeña semilla que el hombre lleva dentro de sí; pero esta semilla está predestinada gloriosamente a hacer de él una divinidad. Si Jesús resucitó, también nosotros podemos resucitar. Bien sé que la mayoría de los cristianos dicen: «Jesús era el hijo de Dios, vino ya perfecto, así que a nosotros, que no somos Dios, ¡déjenos tranquilos!» ¡Y de esta manera justifican todas sus debilidades! No, mis queridos hermanos y hermanas, la Iglesia ha cometido un gran error al enseñar que únicamente Jesús era hijo de Dios, y este error ha producido resultados deplorables. Jesús era hijo de Dios, y nosotros también somos hijos de Dios, menos grandes y menos elevados, pero somos de la misma naturaleza que él y podemos llegar a ser como él.

Jesús resucitó, y nosotros podemos, también, resucitar. Porque Dios ha puesto en cada uno de nosotros este germen minúsculo, este átomo del cuerpo de gloria que es susceptible de hacer de nosotros una Divinidad. Por eso Jesús dijo: «Aquél que crea en mí hará, también él, las obras que yo hago. Y hasta más grandes».

INDICE

- I La fiesta de Navidad
- II El segundo nacimiento
- III El nacimiento en los diferentes planos
- IV «Si no morís, no viviréis»
- V La resurrección y el Juicio final
- VI El cuerpo de resurrección